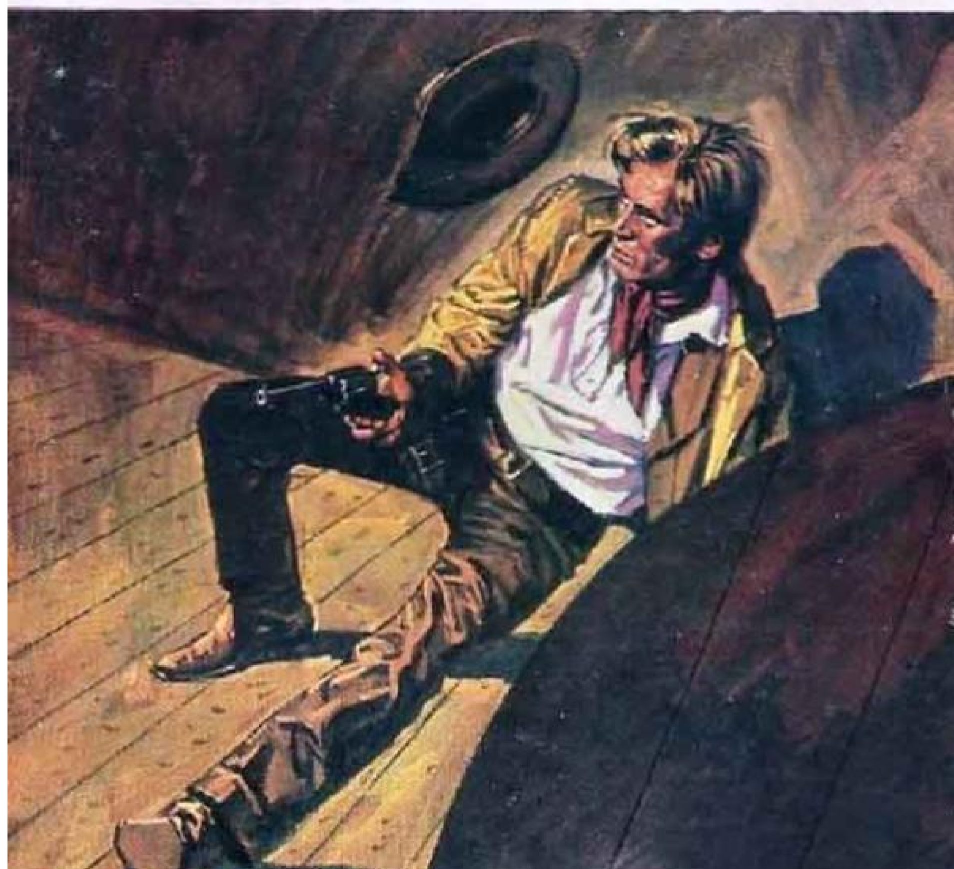
BOLSILIBROS BRUGUERA

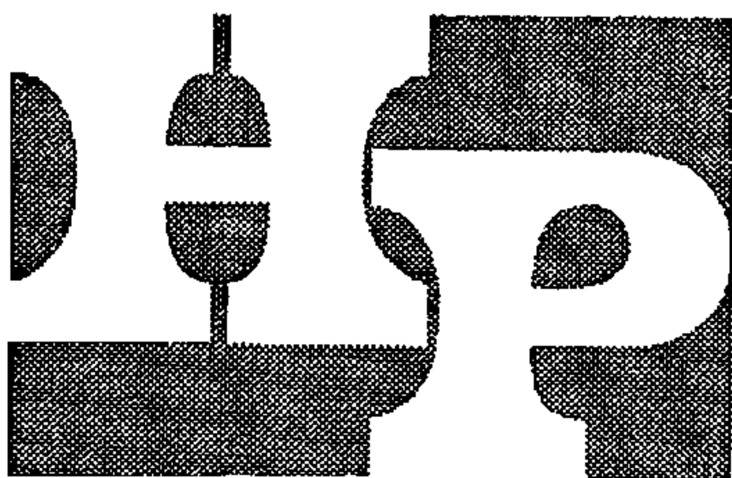
SORTEO DEL MILLON

HEROES DE LA PRADERA

Silver Kane

LOS OJOS DEL PISTOLERO







Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LOS OJOS DEL PISTOLERO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 197
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Déposito Legal B 33092-1973

Impreso en España - Printd in Spain

2.º edición: octubre, 1973

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Colman hizo un gesto grave, como si quisiera quitar importancia a sus palabras, y preguntó:

—¿Por qué os habéis empeñado en morir? Los dos hombres que estaban frente a él, en el centro de la calle, arquearon un poco más sus brazos y acercaron imperceptiblemente sus manos a las fundas pistoleras.

—Larry Wolder nos ha ordenado que le demos este aviso —dijo uno de ellos—. Lárguese de la ciudad antes de dos horas. Pague la cuenta en el hotel, recoja sus bártulos y ponga tierra de por medio. No interesa a nadie que personas como usted continúen en esta ciudad.

—Diréis mejor que no intereso a Larry Wolder.

—Larry Wolder es uno de los que no quieren verle más por aquí. Pero hay otros, desde luego.

—¡Ah, muy bien! ¿Y quién es Larry Wolder? Los dos que estaban frente a Colman se miraron durante unas fracciones de segundo, sin poder disimular una leve mueca de asombro.

—No venga ahora con salidas de tono, Colman. Sabe sobradamente que Larry es uno de los ganaderos más ricos de esta comarca, y que, usted estuvo protegiendo con su revólver a unos cuatreros que se llevaron parte de su ganado.

—¡Ah, era ése!…

—¡Menos conversación! ¡Obedezca!

—Aquellos cuatreros no eran tales —dijo perezosamente Colman — sino unos pequeños ganaderos que tenían reses confundidas con las manadas de Larry Wolder. Como les querían impedir que hiciesen la menor averiguación, yo les protegí con mi revólver. Me contrataron entre todos para eso. Ya conocéis cuál es mi oficio:

protecciones personales.

—Afortunadamente no hubo víctimas en aquello —dijo uno de los dos hombres que le amenazaban—, porque de lo contrario Larry nos hubiese dado orden de matarle como a un perro. Pero sí le exige que se marche inmediatamente de Abilene. ¿Ha entendido? ¡Inmediatamente!

—Larry es un tipo demasiado poderoso —dijo Colman con la misma expresión de aburrimiento—. Da gusto oírle mandar así.

—¡Pues si da gusta oírle mandar, obedece! ¡Los muertos de hambre como tú no pueden hacer otra cosa! Había espectadores a ambos lados de la calle, espectadores que parecían oler la sangre del duelo inminente. Pero ni Colman ni sus dos enemigos se habían dado cuenta de su presencia.

—¿Qué ocurrirá si no hago caso? —preguntó Colman.

—¡Que vas a quedarte en Abilene para siempre!

—¿Es que vosotros me vais a estar pagando el hotel toda la vida?

—¡El «hotel» que te buscaremos es de los que no necesitan pagarse más que una sola vez!

—¿Qué cargo tenéis en el rancho de Larry Wolder?

—Somos sus capataces.

—Pues lo celebro por los hombres que estaban a vuestras órdenes; ahora ya no tendrán que preocuparse más de vosotros. ¡Sacad! Mientras sus dos enemigos movían las manos con fulminante rapidez, Colman aún tuvo tiempo de añadir:

—¡Puede que yo me marche de Abilene, pero vosotros vais a quedaros aquí para siempre!

Sus dos enemigos lograron sacar las armas antes, pero él no necesitó hacer tantos movimientos: disparó sencillamente a través de las fundas, que no llevaba sujetas al muslo por ninguna cinta, para que así tuvieran mayor movilidad. Dos balas alcanzaron mortalmente a cada enemigo, y ambos se desplomaron sin haber logrado hacer un solo disparo. El duelo duró apenas cinco segundos. Fue tan breve que dejó en los espectadores un cierto regusto a decepción, casi como si creyeran haber sido estafados en algo. Colman sacó entonces sus dos revólveres, sopló en ellos y los volvió a guardar mientras decía:

—La fiesta ha terminado, amigos. Los dos cadáveres yacían en el

polvo, en el centro de la calle. Un jinete que en ese momento llegaba al escenario de la pelea, se apeó de su montura y se acercó rápidamente a Colman, quien aún estaba ostensiblemente guardando sus revólveres. Sobre el chaleco del recién venido —un tipo delgado pero ágil como un felino— brillaba la estrella de *sheriff*. Miró a Colman y preguntó:

—¿Has sido tú?

—Todos estos señores querían ayudarme —suspiró Colman—, pero he tenido que hacerlo yo solo. Varios espectadores lanzaron una risotada. El *sheriff* se pasó una mano por los labios cubiertos de polvo.

—Empiezo a estar harto de ti, Colman. Por si no tenía bastantes problemas con Abilene que es una maldita ciudad ganadera, llegaste tú. No has hecho más que presentarte como un

gun-man

profesional que se alquilaba al mejor postor, has buscado pelea y la has encontrado en todas partes, has matado a varios hombres sin dejar resquicio por donde yo pudiera cogerte… ¡y ahora has declarado la guerra a Larry Wolder! ¡Ahora has matado a dos de sus capataces, como si no supieras lo que eso significa!

—¿Qué significa, *sheriff*?

—¡Maldito seas, Colman! ¡Larry querrá vengarse y esto va a terminar por convertirse en un río de sangre! ¡Abilene, tal como es hoy, va a parecer un colegio parroquial al lado de lo que será mañana!

—No se preocupe, *sheriff*. A lo mejor me largo.

—¿Ha sido esto un duelo legal? Los testigos movieron la cabeza afirmativamente. Algunos dijeron incluso que los capataces de Larry habían provocado a Colman.

—No tiene más remedio que archivar el asunto, *sheriff*.

—Nunca hemos visto una cosa tan clara. Incluso ellos llegaron a «sacar» antes. El *sheriff* volvió a pasarse la mano por los labios resecos.

—Está bien, la ley no tiene nada que hacer aquí. Pero ¿quién pagará los gastos de estos dos entierros?

—Yo no tengo un centavo —dijo Colman—. Lo último que cobré me lo gasté con unas chicas. Pero Larry Wolder pagará gustoso por proporcionar a sus dos capataces un entierro de primera. Hizo un

gesto a manera de saludo y entró en el edificio que tenía a su espalda, que era uno de los saloons más elegantes de Abilene. El *sheriff* escupió en tierra.

—¡Condenado fanfarrón! —dijo.

Colman no oyó aquello, desde luego. Y aunque lo hubiese oído, probablemente no le habría importado gran cosa. Se acercó a la barra y pidió un vaso de *whisky*. El barman, solícito, le dijo en voz baja:

—En el reservado hay una dama esperándole, señor Colman. Ha entrado por la puerta trasera y no la he visto muy bien, pero me parece que es un monumento Colman hizo un gesto de fastidio, como si tropezara con «monumentos» a cada paso que daba.

—Bueno, iré. Bebió con calma su vaso de *whisky*, hizo una seña al barman, para que se lo anotara en la cuenta, y se dirigió al reservado, que estaba al fondo de un pasillo, para entrar en el cual había que apartar unas cortinas que lo tapaban completamente.

Apenas había abierto la puerta; cuando una mujer maravillosamente joven, maravillosamente vestida, maravillosamente apasionada, maravillosamente todo, se precipitó en sus brazos. Colman la besó en los labios.

—Hola, Sally —murmuró. Sally se dejó besar, Y correspondió. Sally besaba como una auténtica bailarina, a pesar de ser la orgullosa hija del orgulloso Larry Wolder.

* * *

El *sheriff* volvió a escupir sobre el polvo de la calle, aquel polvo maldito de Abilene que siempre estaba en movimiento, levantado por las patas de miles y miles de reses. Uno de sus alguaciles se acercó.

—Veo que hay novedad, jefe.

—Si se puede llamar novedad a dos muertos en una ciudad como ésta…

—Venía a traerle un mensaje, jefe.

—Está bien. Pero en seguida se preocupa de llevar a estos dos fiambres a la funeraria de Thompson, ¿eh? El mismo Wolder se encargará de lo demás. ¿Qué mensaje era ése?

—Se trata del viejo Loman. Hoy cumple sesenta años, como sabe. Da una fiestecita y quiere que vayamos nosotros dos. Ya se ha

reunido bastante gente en su casa.

—Claro, el viejo Loman… No puedo hacerle el desprecio de faltar. Transportaremos un cadáver cada uno y así terminaremos en seguida. ¡Vivo! ¡A la funeraria de Thompson! Cargaron los muertos como si fueran paquetes y los llevaron al establecimiento de pompas fúnebres más acreditado de Abilene, un suntuoso local contiguo a un saloon y en cuyo rótulo se leía:

> «SI LE MATAN, NO PIERDA LA OPORTUNIDAD DE UTILIZAR NUESTROS SERVICIOS. ¡SEGURO QUE NO VOLVERA A TENER OTRA!».

Un poco más abajo:

> «HEMOS ATENDIDO A MAS DE DOS MIL CLIENTES SIN TENER UNA SOLA QUEJA».

El *sheriff* y su primer ayudante, una vez realizado su fúnebre trabajo, se encaminaron a la casa del viejo Loman. Loman, muchos años antes, había buscado minerales preciosos en Nevada y California. Volvió con una pequeña fortuna, obtenida lavando arenas auríferas en los ríos, y se dedicó a vivir pacíficamente en Abilene, en compañía de sus dos hijos, demasiado jóvenes para trabajar aún. Loman era viudo, y él mismo tuvo que enterrar a su esposa en California. Como su fortuna era pequeña y sólo le permitía vivir sencillamente, nadie pensó en robarle y nadie se metió con él. Porque además Loman no era un hombre afortunado. Eran muchos los que le tenían pena.

—Todos los años da una fiestecilla —dijo el ayudante al *sheriff* —. En la del año pasado no pudo estar usted, ¿verdad?

—No. Fue cuando ahorcamos a Clark.

—Esta vez incluso ha recibido un regalo de su hijo Charlie, que estaba comprando ganado cerca de aquí, en compañía de Bruce, el más pequeño. Loman está que no cabe en sí de gozo.

—¿Un regalo?

—Sí. Un paquete grande, seguramente conteniendo la silla de ruedas que él quería. Penetraron en la casa de Loman, una de las

más sencillas pero más limpias de la ciudad. Había allí reunidas unas doce personas, en torno a una mesa donde había botellas, dulces y pequeños pedazos de carne asada. El *sheriff* observó que también había una gran caja cuadrada, embalada con tela de saco, a un lado de la habitación.

—¡Vaya, Loman, le felicito! —dijo jovialmente el de la estrella —. ¡En una ciudad como ésta, donde todo son muertos y violencias, da gusto encontrar una casa como la suya!

—Gracias, *sheriff*. Ya ve: hasta mis hijos se han acordado de mí, con lo poco que salen de casa.

—¿Qué hay en ese paquete?

—Seguro que es la silla de ruedas que les pedí. Charlie la habrá encontrado a buen precio, al ir a comprar ganado.

—Pues entonces más felicidades aún, Loman. ¿Abrimos?

—¡Oh, sí! ¡Claro que sí! Con sus cuchillos, algunos de los invitados rasgaron la arpillera y desclavaron la caja, entre risotadas.

—¡A lo mejor son botellas!

—¡O un barril de ron! De pronto se hizo un espantoso, un fantasmal silencio. Todos miraban con ojos dilatados el interior de la gran caja que acababan de abrir.

—¿Es bonita la silla? —preguntó Loman, ilusionado—. ¿Es bonita?

Nadie se atrevió a responderle. Nadie se atrevió a despegar los labios porque Loman no podía ver, porque Loman era ciego. Y era el único que no se había dado cuenta de que la gran caja contenía el cadáver de su propio hijo.

CAPÍTULO II

El *sheriff* se acercó pausadamente, haciendo tintinear sus espuelas en el silencio que parecía poder cortarse con un cuchillo. En la gran caja de madera podía caber perfectamente un cadáver doblado, sobre todo si ese cadáver pertenecía a un muchacho de diecinueve años que aún no había alcanzado su pleno desarrollo. El *sheriff* lo miró y se dio cuenta de que había sangre coagulada en su pecho, entre las manos agarrotadas. Debían haberlo matado aquella misma mañana, porque aún no despedía mal olor a pesar de haber estado encerrado. Debía llevar muerto todo el tiempo que había tardado la diligencia en llegar hasta allí: unas pocas horas. El viejo Loman se había acercado excitado por aquel terrible silencio en el que se oían las respiraciones. Sus labios temblaron de una forma angustiosa cuando preguntó:

—¿Es que… esa caja no contiene una silla? El *sheriff* carraspeó. Estuvo a punto de lanzar una imprecación salvaje y logró contenerse al fin.

—¿Adonde había ido su hijo, Loman?

—A New Valley, a compran ganado…

—¿Tenía enemigos? ¿Había alguien que pudiera desear su muerte?

—Pero… El viejo Loman estaba a punto de echarse a llorar Una palidez mortal le iba invadiendo poco a poco, aunque todavía se negaba a dar crédito a los pensamientos que empezaban a dominarle como una tempestad.

—¿Había alguien que pudiera desear su muerte? —aulló el *sheriff*, perdido el control de sus nervios.

—Pero ¿qué dice, Kruger? ¡Si usted conoce a mi hijo tan bien como yo! ¡Si sabe que nunca se ha movido de aquí y nunca ha

tenido una pelea!

—¿Y el otro hijo, el pequeño?

—Tampoco, *sheriff*. ¡Tampoco!

Kruger, el de la estrella, apretó los puños en un acceso de rabia. Caso de saber quién había cometido aquel crimen, habría ido a buscarlo hasta el mismo infierno, para colgarlo sin formación de causa. Pero no sabía nada…, nada, ¡excepto que alguien merecía morir!

—¿Qué ocurre con mi hijo? —suplicó Loman—. ¡Díganmelo de una vez, por Dios! ¿Qué ocurre? El *sheriff* se había mordido los labios hasta destrozárselos. No sabía cómo explicarlo, y buscó con la mirada a alguien que pudiese hablar por él. Afortunadamente estaba allí el pastor de almas, y Kruger le pidió ayuda con una mirada. Luego dio media vuelta y salió de la casa mientras gruñía en voz baja:

—¡Condenada tierra, maldito estercolero, asquerosa llanura del infierno!

Pero no para todos era un infierno la llanura de Abilene. Colman, por ejemplo, en el reservado del saloon, tenía motivos para pensar de otro modo porque estaba besando a Sally, la hija de Larry Wolder. Y Sally no era una cualquiera, desde luego. Una mujer que parezca un ángel y bese como una bailarina no se encuentra en todas partes. De pronto ella empezó a soltarse poco a poco, como si le costara abandonar aquella caricia.

—Mi padre nunca consentirá nuestro matrimonio.

—¿Por qué?

—Porque tú no eres más que un pistolero, un hombre que alquila su revólver al que mejor se lo paga. Colman hizo un leve gesto desdeñoso, chasqueando los dedos.

—¿Te dejaría tu padre casarte con uno de sus capataces? —preguntó.

—No, porque ya están muertos.

—Claro. Tiene gracia. Bueno, quiero decir si te hubiera dejado casarte con alguno de ellos.

—Es posible.

—Pues yo puedo ganar en una semana mucho más que ellos en un año. Conviene que tu padre sepa eso. Conviene que se entere de que no soy un cualquiera que un hombre como yo puede hacerle

respetar en todo Kansas.

—Lo sé, Colman, lo sé. ¡Cómo no iba a estar convencida yo misma! Pero también está Barris.

—¿Qué ocurre con él?

—Sabes que somos una especie de prometidos. Barris puede volver en cualquier momento y reclamar lo que considera suyo.

—Lo único que Barris tiene realmente suyo de verdad es una onza de plomo en mi revólver —dijo sordamente Colman—. Que venga por Abilene y lo comprobará.

—Pero no es eso. Compréndelo, por favor. ¡Yo no quiero ir contigo al altar, pasando por encima de una alfombra de cadáveres!

—No habrá necesidad de eso.

—¿Qué quieres hacer?

—Me presentaré esta noche en tu rancho, diré a tu padre que he matado a sus dos capataces y que además pienso casarme contigo.

—¡Estás loco!

—Sí, pero por ti. La volvió a besar de nuevo. Ella, no se resistió. Parecía presa, dominada por algún hechizo.

—Mi padre te hará matar —dijo al fin, soltándose—. Tiene docenas de hombres para enfrentarlos contigo, aunque tú seas más valiente que ellos.

—¿Has venido a decirme eso?

—¡Oh, no! ¿Cómo puedes pensarlo? Estaba en el almacén haciendo unas compras cuando he visto tu duelo con aquellos dos hombres. Inmediatamente he pensado que en el reservado podría verte, como otras veces. Quiero que me prometas que no harás ninguna otra locura y qué tendrás paciencia. Para mi padre, tú y yo ni siquiera nos conocemos. Sería demasiado brutal que ahora le dijeras que quieres casarte conmigo. Espera unos días, y cuando yo vea una buena oportunidad te avisaré.

—Las oportunidades me las fabrico yo mismo. Nunca me ha gustado esperar a que me presentasen.

Sally hizo un gesto dulce, como intentando calmarle. Y pese a estos gestos, Sally no era una muchacha dulce, sino más bien tiránica y de una belleza agresiva, casi insultante para los hombres que no se atrevían a alzar los ojos hasta ella. Sally era la hija del ganadero más rico de la comarca, y lo demostraba en cada uno de sus ademanes. Sólo Colman, el pistolero, había logrado dominarla,

hacerla suya y plegarla a sus caprichos como una paloma. Sally se desasió y dijo:

—Está bien. Ahora tengo que irme…

—Saldré contigo.

—Es una imprudencia, pero… me gusta.

—¿También te gustaría que al salir nos encontrásemos cara a cara con Ted Barris? Sally, en aquel momento, no quiso ni pensarlo. Pero, al salir, con el que se encontraron cara a cara no fue Barris, sino el *sheriff* Kruger. El *sheriff* Kruger seguía estando lívido, y sus ojos chispeantes se clavaron en el rostro de Colman. Ni siquiera se fijó en que éste iba acompañado de Sally, lo cual podía significar una nueva complicación para la Ley.

—¿Qué haces todavía aquí? —preguntó.

—¿Es que no se puede estar en la ciudad, *sheriff*?

—Lo menos que podías haber hecho era largarte por unos días, hasta que esto se calmara. Parece que te estés muriendo de ganas de verte al extremo de una cuerda.

—Si se refiere a los dos muertos, ése es asunto pasado, *sheriff*. Ya ni me acuerdo. Kruger fue a lanzar una maldición, y en ese momento, al mirar más detenidamente a Colman, una idea pareció pasar por su, cerebro.

—¿Tienes trabajo, Colman?

—En este momento no, pero puedo encontrarlo en seguida.

—Lo has encontrado ya.

—¿Qué quiere decir?

—Voy a dar una batida hasta New Valley para encontrar a un perro al que quiero ahorcar apenas le haya puesto la zarpa encima. No quiero fracasar en ese trabajo, y necesito llevar a mi lado un hombre seguro. Tú puedes ser ese hombre, Colman.

—¿Significa eso… que yo voy a ser agente de la Ley? Colman estaba a punto de lanzar una carcajada.

—No te lo tomes a broma. Te daré la estrella hasta que volvamos de New Valley. Luego la tiras si quieres. Pero mientras estemos allí me apoyarás y tirarás a matar si es necesario. Te daré doscientos dólares.

—Cualquier tahúr me da más, Kruger.

—Pero no te estampa una estrella.

—¿Cree que su pedazo de latón me emociona?

—Lo llevarás para vengar a un hombre. Ya te lo he dicho: sólo una batida en New Valley. Luego doscientos dólares y la seguridad de que no te molestaré mientras vivas en el condado. Colman pareció vacilar. Miró a Sally y en los ojos de ésta encontró una respuesta afirmativa.

—Es nuestra oportunidad Colman, acéptala. Si te presentas ante mi padre con una estrella en el pecho, todo será distinto. Acepta.

Colman lanzo una carcajada.

—Bueno, *sheriff*, no me diga que no tiene gracia. ¡Yo defendiendo a la Ley, aunque sea por doscientos dólares! Venga, deme esa chapa de latón, y dígame a quien tenemos que dejar colgado de una cuerda.

CAPÍTULO III

El *sheriff* Kruger estaba furioso.

Paseaba de un lado a otro de su oficina, dando puntapiés a las paredes y a las sillas y deteniéndose sólo de vez en cuando para beber un tragó de la botella de *whisky* que tenía sobre la mesa.

—Un fracaso… —repetía de vez en cuando—. ¡Un fracaso maldito en el que se han perdido todas las huellas!

Los dos hombres que estaban en la oficina le miraban con atención. Uno se hallaba sentado en el borde de la silla, con toda pulcritud, y vestía de negro. Era el juez Harker, quien con la mayor cortesía enviaba a la horca a un hombre por haber robado unas cinchas de caballo. Pero ahora, visto así, parecía un viajante de comercio que no se atrevía ni a hablar. El otro, sentado de una forma indolente y con un frasco chato de licor en la mano derecha, era Lou Colman.

—A ver, explíquese… —rogó el juez al cabo de unos instantes—. ¿Dice que fueron directamente a New Valley?

—Sí, y estuvimos tres días completos allí. ¡Tres días completos en un laberinto donde no hay más que ganado y borrachos! Pero no pudimos encontrar nada.

—¿No había rastro del que asesinó a Steve Loman?

—Nada.

—¿Y su hermano menor? ¿Qué ha dicho?

—Que decidieron separarse unos momentos, y que ya no volvió a verle con vida. El menor se quedó con el ganadero que iba a venderles las reses, mientras Steve iba al Banco a solicitar unos informes. Steve ya no volvió a aparecer. Parecía como si se lo hubiese tragado la tierra.

—Supongo, *sheriff*, que en tres días habrá hecho usted toda clase

de investigaciones.

—Todas, hasta las más rutinarias. Hotel donde se hospedaron, personas con las que tuvieron contacto, locales que frecuentaron, dinero que tenían… No he dejado un cabo suelto, y a pesar de eso estoy como al empezar. Sólo Steve hubiera podido decirme algo aun después de muerto. En realidad era como si me lo quisiese decir. Los dos hombres que le escuchaban se quedaron un poco sorprendidos ante aquella última frase que en realidad no habían entendido bien.

—¿Qué es lo que dice, *sheriff*? —preguntó el juez Harper—. ¿Sugiere que Steve Loman, aun después de muerto, quería indicarle algo?

—Así es. Los dos hombres se miraron sorprendidos un momento y enderezaron sus cuerpos con atención.

—¿Y cómo quiso decírselo, *sheriff*, si puede saberse? —preguntó el juez Harper.

—Con sus ojos.

—Tiene gracia —suspiró Colman.

—¿Por qué ha de tenerla? No hablamos de eso en New Valley, Colman, mientras buscábamos al culpable, pero era una sensación que yo tenía clavada dentro de mí. ¡Y no he podido arrancármela de dentro todavía! ¡Steve Loman quiso decirnos algo!

—¿Tal vez el nombre de la persona que lo mató? —preguntó el pistolero, ya sin ningún interés.

—Precisamente. Pero veo que tú no me crees, Colman. Piensas que todo son figuraciones mías.

—¡Oh, no, *sheriff*! Todo eso es muy interesante, y quiero creerle. Pero ¿qué había de particular en los ojos de Steve Loman? Según me han dicho los tenía medio abiertos, y eso es natural en un hombre al que han acribillado el pecho a balazos. Normalmente a uno no le queda tiempo ni para mover los párpados. ¿Qué otra cosa de particular tenía?

—Se había arrancado parte de las pestañas del párpado izquierdo. El juez Harper y el pistolero Colman se volvieron a mirar sorprendidos otra vez.

—¿No es más probable que se las arrancara un balazo?

—No. Las tenía entre sus dedos agarrotados. Lo vi yo.

—¿Y qué?

—¿Has probado tú a arrancarte alguna vez dos o tres pestañas de golpe, Colman?

—No. ¿Por qué diablos lo iba a probar?

—Es muy doloroso. Nadie hace por capricho una cosa así, y tampoco en un gesto involuntario. Yo creo que si ese muchacho hizo lo que hizo, fue porque quiso decirnos algo.

—Bueno, sigo sin verle la punta a todo esto —dijo escépticamente Colman—. ¿Significa que el hombre que lo mató no tenía pestañas? Y acarició instintivamente las suyas, largas y bien dibujadas, casi como las de una mujer.

—Eso fue lo primero que pensé —dijo el *sheriff*—, que el tipo que lo había despachado no tenía pestañas. Yo he visto algunos así, con párpados parecidos a los de una serpiente. Pero llaman la atención en seguida, y es raro que la gente no se fije en ellos. Pregunté en New Valley si alguien había visto a un tipo de esas características. Las respuestas fueron negativas. Nadie lo había visto, a pesar de que New Valley es un lugar pequeño.

—Estoy de acuerdo con usted en que la gente se hubiera fijado en un tipo sin pestañas —dijo el juez.

—Y si nadie lo vio, es porque un hombre así no estaba en New Valley.

—Lo cual demuestra más aún lo infundado de su teoría —dijo lentamente Colman, mientras liaba un cigarrillo—. Imagine que ese muchacho se estuviera tocando un párpado por cualquier causa cuando alguien empezó a repasarle el pecho a balazos. Con un solo movimiento instintivo de crispación pudo arrancarse varias pestañas; eso es indudable. Y ahí tendría la explicación lógica de lo que a usted le pareció tan extraño, *sheriff*. Kruger hizo un gesto de asentimiento, indicando que en cierto modo estaba de acuerdo con aquellas palabras.

—Pero de todos modos tengo una corazonada —dijo—. En los ojos de ese muchacho había algo. ¡Algo que yo quiero comprender!

—Pero por el momento, mientras usted investiga, sobreseeré el sumario, si le parece —dijo el juez.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué voy a hacer? No hay ningún culpable por el momento, ni adivino para qué mataron a un pobre muchacho como Steve Loman. Haga una reclamación contra sus ignorados asesinos y archive el asunto por el momento, juez. Yo me encargaré

del resto. Colman se puso en pie. Como indicando que no quería perder más tiempo con aquello. El *sheriff* ya le había pagado los doscientos dólares que le prometió, a pesar de no haber descubierto nada. Cuando el juez se hubo marchado, el *sheriff* preguntó a Colman:

—¿Tendrías inconveniente en seguir llevando la placa de comisario?

—¿Para qué?

—Verás… Observé que en New Valley, a pesar de no haber descubierto nada, tu presencia se notaba en todos los lugares a donde íbamos. Eres uno de los

gun-men

más famosos de Kansas, y si piensas establecerte aquí nada perderás llevando la placa. Tendrás un sueldo, una garantía de estabilidad y tantas peleas como quieras para los momentos de mal humor. Es decir, podrás encontrarte en tu ambiente.

—Puede que acepte, *sheriff* —dijo Colman, después de pensarlo unos momentos.

—Imaginaba que aceptarías. Por eso te lo he dicho.

—¡Sí que estaba convencido!

—Sé que anoche, apenas llegamos a Abilene, te presentaste en el rancho de Larry Wolder, cuyos dos capataces habías matado poco antes, y pediste a Larry la mano de su hija. Nunca hubiese imaginado que fueras un tipo tan decidido, Colman.

—Lo soy.

—Pero, si fuiste, supongo que lo hiciste pensando que a Larry le impresionaría tu placa de comisario. Y por eso me he dicho: «A este muchacho le interesa conservarla».

—Así es, Kruger. Larry no me dijo ni que sí ni que no, pero al menos me recibió y dijo que podía volver cuando quisiera. Creo que ya es un hecho mi boda con Sally, siempre y cuando yo tenga aspecto de persona digna y no vuelva a trabajar como un pistolero a sueldo de los demás. Los dos hombres se encaminaron hacia la puerta. El *sheriff* cerró su oficina y ambos se detuvieron en el porche, a unos pasos de la calle quemada por el fuerte sol. El *sheriff* preguntó, mirando a Colman directamente a los ojos:

—¿Has pensado que Sally estuvo antes medio prometida a otro hombre?

—Sí, ya sé… Se refiere a Barris.

—Barris es un tipo raro… Un pistolero como tú, al que hubo que expulsar de la ciudad. Nunca quiso aceptar la placa de comisario, y no me quedó otro remedio: expulsarle para no tener que tirar algún día contra él. Llegaban de todas partes los pistoleros profesionales atraídos por su fama, y querían ver si eran más rápidos que Barris. Yo no digo que él buscara las camorras, pero tampoco las evitaba. Y los muertos se iban amontonando en las calles como si esto fuera un desfile del otro mundo… Recuerdo un sábado por la noche en que Barris mató a tres hombres. Claro que le habían desafiado primero, pero no quise aguantar más. Fue entonces cuando le expulsé de la ciudad. Colman miró al *sheriff* reflexivamente, mientras arrojaba su cigarrillo al polvo de la calle.

—¿Por qué me cuenta eso, Kruger?

—Puede que lo haga porque no tengo el menor deseo de que Barris vuelva por aquí.

—¿Y por qué había de volver? Los dos descendieron del porche y cruzaron lentamente la calle, bajo el asfixiante sol.

—No sé… A lo mejor son figuraciones mías. Hace un año de eso, y Sally puede haberse borrado completamente de su memoria. Pero puede que sea al contrario, y Barris vuelva para matarte al saber que vas a casarte con ella.

—Yo no sé si Barris la habrá olvidado, pero lo que sí puedo asegurar es que Sally le ha olvidado completamente a él.

—Eso es lo peor. Barris puede sentirse despechado, furioso… Puede creer que tú tienes la culpa de todo y venir aquí para matarte. Es un tipo raro, ya te lo he dicho. Nadie conoce a sus padres, puesto que apareció abandonado una noche en el rancho de Larry Wolder. ¿Sabes que Larry quería pegarle un tiro sin más ni más porque le molestan los niños? Pero algunos peones lo recogieron y lo cuidaron, y el *sheriff* Stanley, mi antecesor, se presentó en el rancho de Larry y le dijo a éste que le volaría la cabeza si la criatura moría en circunstancias que le parecieran sospechosas. Gracias a eso Barris vivió, aunque no tiene nada que agradecerle a Wolder. Éste le obligaba a trabajar en las faenas más pesadas y alguna vez llegó a propinarle hasta quince latigazos. En estas condiciones tuvo que crecer.

—Si no se sabe quiénes fueron sus padres, ¿por qué se llama

Barris?

—Eso es otra de las cosas qué le hacen más extraño. Barris era el nombre del primer ahorcado que el niño vio, cuando apenas tenía cuatro años y cada uno le llamaba a su modo. Habían ahorcado a aquel hombre por robar un caballo con que irse a otra tierra donde se pudiera ganar mejor la vida. El pequeño lo supo y dijo que a partir de aquel momento tenían que llamarle Barris; eso fue todo.

—No está mal, —gruñó Colman—. Sin padres, abandonado como una fiera y llevando encima el nombre de un ahorcado. Buena recomendación.

—Por eso es doblemente extraño que la orgullosa hija de Larry se enamorara de él.

—Sally no pudo enamorarse nunca de un tipo así.

—Bueno, muchacho, no quiero ofenderte, pero la verdad es la verdad —dijo, conciliador el *sheriff*—. Se veían en el cobertizo para los caballos seleccionados que Wolder tiene en su rancho. Ella parecía muy enamorada, todos lo decíamos. Por eso me da más miedo que Barris venga y en Abilene corra más sangre. Es un tipo muy especial, te lo he dicho.

Colman fue a responder algo, pero en ese momento el mayoral de la diligencia de Topeka, que acababa de llegar, se acercó sudoroso y tendió al pistolero una carta.

—Tome, Colman. Un tipo vestido de negro me la dio en el camino con una propina para que la hiciese llegar hasta usted.

—¿En el camino? ¿Un tipo vestido de negro? —preguntó recelosamente el *sheriff* Kruger.

—Eso es lo que he dicho.

—¿No lo conocías?

—Ésta ha sido la primera vez que le he visto, aunque puedo no haberle reconocido porque llevaba el ala del sombrero muy echada sobre los ojos. Tendría unos veinticinco años.

—¿Cómo era?

—Bueno, pero ¿a qué viene tanta alarma? ¡A lo mejor esta carta es una invitación para ver un desfile de bailarinas!

—Me temo que no —dijo sombríamente Kruger—. Dígame si ese individuo tenía algo de especial.

—No… Era fuerte, ágil… Daba la sensación de ser peligroso, eso sí, pero con nosotros empleó la mayor cortesía. Estaba parado en el

centro de la llanura, en un sitio donde no podíamos sufrir ninguna emboscada, y nadie receló. Efectivamente, lo que él quería, era bien poco: que le entregara esta carta a Colman, comisario del *sheriff* Kruger.

—¿Cómo sabía ya, que soy un comisario? —preguntó ahora Colman.

—Dice que les vio en New Valley. Eso fue lo único que explicó. Iba armado como casi todos los que viajan solos por la llanura: un rifle y dos revólveres calibre 45. Llevaba mucho polvo encima, como si hubiese venido desde muy lejos, y su caballo estaba sudoroso.

—Gracias por la información —dijo el *sheriff*—. Es bastante. Y añadió a continuación, en voz muy baja, cuando ya el mayoral se había marchado y sólo Colman podía oírle:

—Lo que temía. Aquel tipo era Barris. Va a venir aquí y habrá más jaleos en Abilene. Abre esa carta.

Colman rasgó el sobre. Dentro había un papel doblado escrito con una letra firme y bien trazada. Decía:

> «Colman, sé que vas a casarte con Sally Wolder. Cuando estabas en New Valley lo dijiste en un par de sitios, y yo lo supe. Mírala bien mientras estés a tiempo. Empapa tus ojos de ella. Porque puede que dentro de muy poco tus ojos no existan…».

Colman estrujó la carta entre sus dedos, hizo una bola con ella y la arrojó al suelo furiosamente.

CAPÍTULO IV

Colman se acercó a la barra, puso ambos codos en ella y miró de soslayo al hombre que estaba bebiendo a unos pasos de distancia.

—¿Stillman? —preguntó. El interpelado dejó su vaso sobre la barra y le miró también, sin hacer ningún gesto de alarma.

—Hola, comisario.

—Quiero saber a qué ha venido a la ciudad, Stillman. Usted no conduce ni posee ninguna punta de ganado. No tiene nada que ver con los negocios normales en Abilene. ¿Por qué está aquí?

—Creo que usted mismo lo sabe.

—Sí… en cierto modo. Me han dicho que ha venido a Abilene a hacerse cargo de un niño. Muy humanitario.

—Yo era amigo de Karl, el hombre a quien mataron hace tres días, con su esposa, en una riña de ganaderos. Tenían un niño de dieciocho meses y he venido a hacerme cargo de él.

—Buen porvenir aguardará a ese niño en compañía de un pistolero como usted, Stillman.

—Eso no le importa, comisario.

—Puede, pero en cambio me importa mucho que salga inmediatamente de la ciudad. Stillman terminó de vaciar su vaso. Luego, preguntó:

—Tiene miedo de Barris, ¿eh?

—¿Por qué he de tener miedo de ese leproso? —explotó Colman —. ¡Le mataré en cuanto ponga los pies en Abilene! ¡Todos lo verán!

—Si no tuviera miedo —dijo calmosamente Stillman—, no le hubiera alterado tanto lo que yo le he dicho del niño. Barris también fue un niño sin padres, y de una forma involuntaria usted ha asociado un pensamiento con otro. Hay algo que no le deja vivir

Colman. El comisario se ladeó un poco, quedando frente a Stillman en actitud francamente agresiva.

—No voy a gastar más palabras con usted, amigo, Lárguese de la ciudad inmediatamente si quiere seguir viviendo.

—Está usted nervioso. Colman.

—¡No lo estoy! —aulló Colman, dando un puñetazo sobre la barra.

—Bien, si usted lo dice…

—¡Lárguese de la ciudad o le mataré!

—Mañana.

—¡Ahora mismo!

—Está usted asustado por Barris y por Marian —dijo calmosamente Stillman, sin moverse.

—No conozco a ninguna Marian —dijo Colman palideciendo un poco.

—Yo creí que sí. Creí que iba a casarse con Marian Sander en San Luis, hace un año. Ella le recuerda mucho, ¿sabe?

—¡Cállese!

—Yo la vi hace pocos días, se enteró por los periódicos de que usted era comisario en Abilene y de que iba a casarse con la rica heredera Sally Wolder. Me dio un mensaje.

—¿Sí? Tendrá gracia. Suéltelo.

—Me dijo que si usted llegaba a casarse con esa muñeca, lo pagaría caro. Nada más que eso.

En el saloon, después de las palabras de Stillman, se hizo un profundo silencio. Ese silencio fue todavía más espeso en la zona solitaria donde los dos hombres habían quedado, frente a frente, después de que todos los clientes se hubieron alejado de la zona de tiro.

—Está bien, Stillman —dijo Colman con una repentina calma—. Lárguese de Abilene ahora mismo o le mataré.

—No estoy cometiendo ningún delito y no voy a aceptar sus caprichosas imposiciones, Colman. Me largaré mañana.

—¡Ahora!

—¿Sí? Pruebe a echarme.

Los dos hombres se inclinaron un poco. Pegados cada uno a un lado de la barra, Stillman podía disponer de su mano derecha y Colman de la izquierda. Pero todo el mundo sabía que ambos

hombres eran igualmente hábiles con cualquiera de las dos manos. Entrecerraron los ojos.

—«¡Saca!» —gritó Stillman.

Colman, como tenía por costumbre, disparó a través de la funda, mientras que Stillman hizo el gesto de «sacar». No llegó a tiempo. Colman disparó primero y dos botones de sangre aparecieron en la camisa de Stillman, a la altura del corazón. El gun-man soltó su revólver y cayó de bruces, chocando su cabeza contra la barra. Cuando su cuerpo tocó las tablas del suelo, estaba ya muerto. Colman trazó con su revólver un suave movimiento circular.

—¡Queda advertido todo el mundo! —gritó—. ¡Cuando yo expulso a un hombre de la ciudad, ese hombre tiene que elegir entre irse o quedarse aquí para siempre! ¡No consentiré, mientras lleve esta placa, que nadie se burle de la Ley!

Guardó el revólver y salió del saloon, sin pagar el vaso de *whisky* que había bebido. Ya en la oficina del *sheriff*, destapó una botella y empezó a beber ansiosamente. El *sheriff* llegó un momento después.

—Me he enterado de lo que acaba de suceder, Colman —dijo con expresión reconcentrada.

—¿Y qué?

Kruger dio un manotazo a la botella y la estrelló contra la pared, arrancándola de los dedos de Colman.

—¡Cuando se está trabajando, no se bebe! ¡Me han dicho que has matado a Stillman en un duelo provocado por ti mismo!

—Le dije que se marchara de la ciudad y no obedeció.

—Se lo dijiste porque estabas asustado, porque todo te asusta desde hace unos días. Ves a Barris en cada sombra y sólo deseas matar, matar… Piensas que así te librarás de la tensión insoportable de tus nervios. ¡Y te equívocas! Porque si Barris te encuentra en este estado, matarte será un juego de niños para él.

—¡Que lo pruebe!

—Stillman no cometía ningún delito —continuó el *sheriff*— sino al contrario. Tenía, pues, perfecto derecho a decir que no se marcharía de la ciudad hasta el día siguiente. Y tú has provocado un duelo, matándolo. Existe ahora un niño al que tendrá que cuidar cualquiera, mientras que Stillman hubiera podido ser un verdadero padre para él. Te lo advierto, Colman —añadió señalándole—: si

eso vuelve a suceder, te arrancaré la placa y te meteré entre rejas para unos años. ¡Quedas advertido!

Colman se levantó, con los puños apretados y los ojos inyectados en sangre. Por unos instantes dio la sensación de que iba a abalanzarse sobre el *sheriff*. Por fin se detuvo haciendo un esfuerzo y se limitó a escupir a los pies del representante de la Ley.

—Le daré esta maldita placa el día que me case, *sheriff*.

—Claro, lo sé. A partir de ese momento, no la necesitarás para nada, porque serás uno de los hombres más ricos de Kansas. Hasta sería ridículo que el futuro heredero del rancho Wolder llevase al pecho una placa que sólo proporciona un pequeño sueldo. Lárgate, Colman. Colman dio unos pasos hacia la puerta, y luego se detuvo, estando a punto de no obedecer. Por fin se encogió de hombros, volvió a escupir y salió de la oficina. Fue directamente a la casa que tenía alquilada en un extremo de la población, y en la cual vivía completamente solo. Extrajo de su bolsillo la llave, abrió la puerta y entró. Cerró a su espalda, buscando maquinalmente el quinqué porque ya las primeras sombras de la noche habían empezado a caer sobre Abilene. No había puesto aún la mano sobre la lámpara cuando unos brazos gigantescos cayeron sobre él, apresándole por la espalda. Colman intentó revolverse y consiguió liberarse de su desconocido enemigo con una hábil contra presa. Pero en aquel mismo instante, una culata se abatió pesadamente sobre su nuca, dos veces. El comisario cayó a tierra lanzando un débil estertor. Hasta él, como viniendo desde muy lejos, llegaron algunas voces.

—Atadlo.

—Llevadlo hasta ese rincón. Pronto, la luz.

—No hay peligro de que nos oigan. La casa está alejada de las otras.

«De modo que son más de uno —pensó maquinalmente Colman, entre las brumas de la inconsciencia—. Son quizá tres».

Cuando recuperó los sentidos, al cabo de unos cinco minutos, había luz en la habitación y tres hombres le contemplaban desde arriba, pues él estaba en el suelo atado de pies y manos. Los miró bien, intentando precisar. No los había visto nunca.

—¿Quiénes sois?

—Eso no importa. Uno de ellos lo levantó sujetándolo por la camisa, y lo hizo sentar en una silla, a la que fue amarrado también

por medio de unas sólidas cintas de cuero. No quedaba a Colman ninguna posibilidad de huida, a menos que alguien viniese en su ayuda. Pero eso era improbable, porque la casa estaba algo aislada y porque normalmente nadie se acercaba sin un motivo muy poderoso a la casa donde vivía un pistolero profesional. Colman se dispuso, pues, a resistir por sus propios medios.

—¿Quién es el jefe? —preguntó.

El más alto de los tres individuos se destacó un paso y dijo:

—Yo.

—¿Quién os envía?

—Demasiadas preguntas, amigo.

—¿Sabéis que podría gritar y alguien me oiría? Al fin y al cabo, estamos dentro de Abilene.

—No gritarás al principio porque no eres tan cobarde como para eso, maldito Colman. Después sí que gritarás, pero entonces todo habrá terminado.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó él, sin un temblor en la voz.

—Eso lo verás muy pronto. Uno de los tres hombres rió.

—Se equivoca, jefe. ¡No lo verá! Ahora rieron los tres. Sus carcajadas intensas y brutales debieron oírse desde la calle. Pero cualquiera que hubiese pasado por allí, habría pensado sin duda: «En esa casa se están corriendo una juerga. Debe haber al menos cuatro borrachos y cuatro bailarinas». Colman dirigió una mirada circular a su alrededor, buscando una salida. Pero lo que vio le convenció de que esa salida no existía. ¡De que todo era mucho peor de lo que había llegado a creer! En la habitación contigua, donde estaba la chimenea, relucían unas brasas. Y entre esas brasas había dos hierros que se estaban poniendo al rojo. Colman estuvo a punto de lanzar un aullido cuando los tres hombres levantaron a plomó la silla y lo transportaron hasta la habitación contigua, cerrando la puerta tras ellos.

—¡Vais a dejarme ciego! —gritó—. ¡Malditos! ¡Queréis dejarme ciego!

—Será muy sencillo quemarte los ojos —explicó calmosamente el más alto de los tres. Se oyeron detrás de la puerta unos cuchicheos, unas palabras, como si lo preparasen todo para el suplicio. Aquellos preparativos se prolongaron, dando la sensación de que los tres hombres se divertían con el terror de su víctima. Y

de pronto, un alarido desgarrador, infrahumano, llegó a los oídos de todos los que estaban en aquella zona de Abilene. Los tres hombres abrieron la puerta, atravesaron la primera habitación, salieron de la casa en grupo y abrieron fuego contra los primeros que se acercaban, para detenerlos. Instantes después, montaban en sus caballos, ya preparados, y se los tragaba la noche.

CAPÍTULO V

El *sheriff* fue el primero en acercarse, haciendo fuego contra las tres sombras fugitivas. No alcanzó a nadie porque los tres hombres obraban con rapidez, y además estaban protegidos por las sombras de la noche. Uno de los que habían salido a perseguirles estaba herido y se retorcía en el suelo. El *sheriff* se arrodilló junto a él.

—¿Dónde ha sido, Peter?

—Ahí, en la casa donde vive Colman.

—¿Cuántos eran?

—Tres. Maldita sea, *sheriff*. Me han dado en una pierna.

—¿Los conocías?

—Sólo los he visto de espaldas, pero no me han recordado a nadie. Oiga, *sheriff*, ese Colman ha gritado como un loco. Ni que le hubiera metido hierros candentes en los ojos. El *sheriff* se estremeció. De pronto, un pensamiento horrible, al que hasta entonces no había querido dar importancia, pasó por su cerebro. Se puso en pie y corrió hacia la casa.

Unos cuantos hombres estaban ya a su altura, y en tropel, todos juntos, penetraron en la casa. Lo que vieron les hizo retroceder, con una expresión de incredulidad y de horror clavada en el rostro. Colman se arrastraba por él suelo, tapándose los ojos con las dos manos. Un horrible olor a carne quemada parecía desprenderse de él.

—¡Pronto! ¡Llamen al doctor Sheiler! —gritó el *sheriff*.

Parecía como si el doctor Sheiler lo hubiese adivinado. Apenas había dicho el *sheriff* aquellas palabras, cuando una voz murmuró a su espalda:

—Estoy aquí.

—Examine a ese hombre. Creo que han hecho algo horrible con

él.

El médico se acercó. Examinar a Colman fue más fácil de lo que parecía, porque el pistolero acababa de perder el conocimiento. Le retiró las manos que cubrían su rostro y examinó las quemaduras que deformaban los párpados y toda la zona próxima a los ojos.

—No puedo creerlo, Sheiler. Esto es horrible.

—Lo es. Le han abrasado los ojos.

—Entonces, quedará ciego.

—Es lo lógico, lo natural. De todos modos, yo no puedo decirlo hasta que se hayan curado las quemaduras de los párpados. Entonces, si él ve alguna cosa, ya lo dirá. El mismo nos ha de dar la respuesta.

—Es una locura. Nunca había visto una cosa así. Los hombres, en el Oeste, se ahorcan o se exterminan a tiros de revólver. Pero no se dejan ciegos a base de torturas. Esto es indigno y algo peor todavía: es increíble.

—Increíble, no, *sheriff*. Es la pura realidad. Ayúdeme a llevar a este hombre a mi casa y allí le curaré y le vendaré los ojos. Tendrá que estar unos cuantos días así. Luego, veremos. Entre el *sheriff* y varios de los testigos, qué estaban mudos de estupor, transportaron a casa del médico al inanimado Colman. Allí le fue practicada una primera y delicada cura que duró cerca de una hora. La noticia se extendió rápidamente por la población y a la mañana siguiente, cuando los vaqueros llegaron a la ciudad para hacer algunas compras, fue conocida también en los ranchos circundantes. Uno de los primeros lugares donde se conoció fue en las inmensas propiedades de Larry Wolder. Larry, que había pasado toda la noche jugando interminables partidas de póquer en un garito de Abilene, según era su costumbre, fue llevado en calesín hasta el rancho por uno de sus sirvientes. Despertó al mediodía con la boca reseca, y fue entonces cuando se enteró de la noticia. Después de conocerla, se despabiló.

—¿Lo sabe ya mi hija? —preguntó al nuevo capataz, que era el que le había hablado.

—Sí. Se ha enterado a primera hora de la mañana. Al principio sufrió una especie de desmayo y durante un par de horas quedó muy pálida, sin decir palabra. Hace poco, en cambio, ha sufrido un ataque de ira. Se ha marchado a galopar como loca en uno de los

caballos más salvajes. Larry Wolder no se inquietó mucho por eso. Sabía que su hija montaba espléndidamente y que ningún caballo lograría derribarla. Mejor si así desahogaba la tensión de sus nervios.

—¿Ha dicho cuándo volvería?

—No ha dicho nada, patrón. Sólo que recibiría a latigazos al que se acercase a ella. Larry empezó a vestirse, con expresión preocupada.

—¿Ha quedado ciego Colman?

—El médico dice que sí, aunque cabe la leve esperanza de que vea algo cuando le retiren los vendajes.

—Hay que ofrecer una recompensa para el que capture a los tres culpables o ayude a descubrirlos.

—No se inquiete tanto, patrón. Ese hombre iba a entrar en su familia, de acuerdo, pero no era más que un pistolero que vivía de su gatillo.

—Tú no le tenías mucha simpatía, ¿eh? —preguntó torvamente Larry.

—No. Él mató a dos de nuestros compañeros.

—A ver si habéis sido vosotros los culpables de esta canallada.

—¡Jefe! ¿Cómo se atreve…? La voz del capataz era sincera. Y Larry Wolder sabía que aquel hombre sería capaz de ahorcar a Colman, pero nunca de dejarle ciego.

—Está bien —dijo—. Vosotros le odiáis, pero yo le admiro. Envié a dos inútiles para que lo mataran y él los liquidó. Luego tuvo el atrevimiento de presentarse en mi rancho y pedirme la mano de mi hija. Yo sé que con sus revólveres os dominaría a todos vosotros. He estado reflexionando y me he dicho: «Tipos así son los que hacen falta en esta tierra». Hombres como Colman podrían convertir el Wolder Ranch en algo mucho más importante de lo que nunca ha sido. De modo que mi odio se fue transformando poco a poco en admiración, y pensé que un hombre como él interesaba en mi familia. Me había hecho planes, ¿comprendes? ¡Y ahora alguien los ha destruido de la forma más canallesca!

—Está bien, diré al *sheriff* que ofrezca una recompensa —gruñó el capataz—. Y hasta haremos entre todos una colecta y la aplicaremos, para que usted no sospeche.

—No es bastante —dijo Larry, siguiendo el hilo de sus

pensamientos—. Ofrecer una recompensa no basta, si se pierde la pista de esos tipos. ¿Qué ha dicho el *sheriff*? ¿Tiene algún indicio?

—Ninguno.

—Entonces nos pondremos en movimiento nosotros. Hace falta encontrar a alguien que sepa emplear la cabeza y que siga las huellas que los otros no serían capaces de seguir. Me refiero a un detective, a uno de esos sabuesos de la Agencia Pinkerton. Telegrafía inmediatamente a Chicago, o mejor a la delegación de Pinkerton en Kansas City, y pide que envíen a un sabueso conociendo muy bien toda esta comarca. En el mismo telegrama puedes explicar algo de lo ocurrido. No importa el precio que cueste.

—Está bien, patrón —asintió el capataz.

Desapareció mientras Larry Wolder lanzaba una maldición y empezaba a calcular mentalmente todo el dinero que la noche anterior había perdido. Transcurrieron las horas sin que Sally regresara de su furiosa galopada. En el rancho se empezaba a rumorear que debía haberle ocurrido algún percance, o que quizá había sido raptada por algún grupo de cuatreros si había ido demasiado lejos. Nadie en el rancho podía olvidar que Sally Wolder era endiabladamente joven y endiabladamente bonita.

A la una de la madrugada se organizó un grupo de jinetes para salir en su búsqueda, y a la una y media todos estaban en camino. A las dos de la madrugada llegó el tren mixto procedente de Kansas City, y seguían sin tenerse noticias de Sally.

Por fin, hacia las tres, se oyó en los lindes del rancho el trote cansino de un solo caballo. El animal, medio reventado y con los ijares cubiertos de sangre, se acercaba penosamente a las cuadras. Si se sostenía en pie era sólo por la querencia que manifiestan los caballos y que les hace reunir sus últimas fuerzas, al igual que los hombres, cuando vislumbran lo que para ellos es el hogar.

Sobre la montura iba una mujer: Sally Wolder. Sudorosa y cubierta de polvo, a pesar del frío de la noche, indicaba la terrible prueba a que el caballo y ella se habían sometido. Fue directamente a las cuadras donde eran guardados los caballos selectos, no empleados generalmente en las tareas del rancho. Nadie la vio ni la oyó llegar.

Al entrar en la cuadra, llevando de la brida al animal, llamó al

encargado:

—¡Sam! ¡Sam! Nadie contestó. Sally lanzó una interjección, ignorando que Sam era uno de los que habían salido para buscarla.

—Tendré que desensillar el caballo yo. ¡Maldita sea!

Acercó el caballo a su pesebre y empezó a quitarle las cinchas. Poco acostumbrada a aquella tarea que siempre realizaban los mozos, sus manos eran poco hábiles. Lanzó otra interjección. En aquel momento, unas manos enguantadas se posaron sobre los correajes, retirando suavemente las suyas. Unos dedos hábiles se movieron con precisión y los correajes parecieron saltar solos, dejando libre la silla.

Sally, por un momento, tan cansada estaba, llegó a pensar que aquellas manos eran las de Sam. Luego, reaccionó. Sus ojos inquietos taladraron la penumbra, rasgada por la lejana luz de petróleo. Un hombre completamente vestido de negro, de cabellos rubios, sin sombrero, hizo un suave saludo con la mano derecha.

—Hola, Sally. Sally tuvo un estremecimiento, igual que si acabara de ver una serpiente ante ella.

—No es para tanto —dijo él, sonriendo—. ¡Vaya cara de susto!

—¡Ted! ¡Ted Barris!

—Celebro que no me hayas olvidado del todo. Sally, repuesta de su sorpresa inicial, reaccionó. En sus labios se formó una mueca agresiva y dura.

—¿Qué haces aquí?

—He sido llamado por tu padre.

—¡Mientes! Es imposible que mi padre te haya llamado. Sabes que te odiaba. Sabes que te habría matado a latigazos si hubiese podido.

—Ya lo intentó, cuando yo era casi un niño.

—¿Es que has venido a insultarnos, Ted Barris, maldito pistolero? ¿Qué tienes qué hacer tú en nuestro rancho? ¿Te has olvidado ya de que no tienes ni nombre y de que tuviste que adoptar el apellido del primer ahorcado que viste?

—No lo he olvidado. Claro que no.

—Dime, entonces, qué infiernos haces en nuestro rancho.

—Te repito que tu padre me llamó.

—¡Mentirá!

—Puso un telegrama a la delegación dé la Agencia Pinkerton en

Kansas City y pidió que se le enviara a un agente que conociera bien la comarca. Resultó que el que mejor la conoce soy yo.

—¿Y qué tienes que investigar tú? —preguntó Sally, con un soplo de voz.

—A lo que parece, quién dejó ciego a Colman. Eso es lo que tengo que averiguar en el plazo más breve posible. Una especie de soplo helado semejó pasar por el rostro de Sally, estremeciendo su piel.

—Esta vez has llevado tu audacia demasiado lejos, Ted Barris.

—¿Sí?

—¡Sí! Después de haber hecho saber a Colman que le dejarías ciego si intentaba casarse conmigo, parece mentira que tú, ¡tú mismo!, perro miserable, representes la comedia de que vas a descubrir a los culpables.

La clara acusación no pareció impresionar demasiado a Ted, que retiró con calma la silla del caballo y fue a colocarla en uno de los apoyaderos situados al fondo de la cuadra. Mientras volvía la espalda, Sally se fijó bien en él de una forma involuntaria. Ted Barris no había cambiado mucho desde que tuvo que salir de Abilene a punta de revólver. Quizá sus espaldas eran más anchas y su piel más curtida y morena. Por contraste, sus cabellos parecían más rubios y sus ojos más claros.

Parecía latir en él —para los ojos de las mujeres— un atractivo animal, primitivo y salvaje. Sally misma no hubiera sabido decir en qué consistía aquel atractivo que tanto había influido en su vida tiempo atrás. Pero era como si el rostro de Ted Barris reflejase la libertad inmensa de la pradera, como si por sus ojos desfilase la luz de las montañas y por sus labios el sabor penetrante de la sangre. Bueno, eso era lo que Sally había pensado a veces, al intentar explicarse por qué Ted era como era, y por qué las mujeres, a las que no hacía maldito caso, sentían que su vida iba a cambiar cuando él se aproximaba.

Apenas Ted se volvió, después de haber dejado la silla, notó que la muchacha respiraba agitadamente:

—Es extraño —dijo él—. No esperaba que fueses tú la primera persona que encontraría en el rancho.

—¡Me has esperado aquí a propósito!

—Te equivocas. Creí que dormías a estas horas.

—¿Por qué, entonces, has venido aquí?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá porque éste era el sitio donde nos reuníamos a escondidas de tu padre. Bonita pareja romántica hacíamos entonces, ¿no? La verdad era que no faltaba nada: un rancho en una llanura, un cielo con una hermosa luna, unos amores secretos… y una mujer dispuesta a burlarse de todo.

—¿Es que has venido a insultarme? ¿Es que crees que voy a escuchar con calma tus palabras sabiendo que eres el más infame asesino de Kansas?

—¡Qué más da, Sally! ¡Puedes escucharme o no! —dijo él, con una extraña calma—. Si crees que he venido a pedirte cuentas, te equivocas. ¡No sé qué demonios has encontrado en Colman, pero si quieres puedes casarte con él!

—¡Ahora! ¡Ahora que tus esbirros lo han dejado ciego!

Una sonrisa casi imperceptible flotó en los labios de Ted Barris.

—Yo no tengo esbirros, Sally. Lo que he de hacer lo hago yo mismo.

—De todos modos, te va a ser difícil escapar, Ted. Ya te he dicho que esta vez has llevado la audacia demasiado lejos. Aseguran que todos los criminales sienten el impulso de ver otra vez el escenario de su crimen, pero creí que tú eras más listo y que no caerías de una forma tan infantil. Amenazaste a Colman con dejarle ciego, y eso lo sabe todo el mundo. Puesto que Colman ha quedado ciego, tú eres el primer sospechoso. ¡No escaparás!

—Parece como si esto te llenase de una gran satisfacción, Sally.

—Así es. ¡No sabes cómo te odio!

—Temo decepcionarte, pero te aseguro que si las cosas se ponen difíciles yo no me dejaré atrapar.

—¡Decir que eres un sabueso de la Agencia Pinkerton! ¡Decir semejante mentira!

Barris no contestó, limitándose a sonreír. Aquella sonrisa desorientó a Sally, quien por una reacción muy femenina, sintió que se alteraban sus nervios.

—¡No eres más que un asesino! —gritó—. ¡Sólo has venido a mancharnos de sangre!

Y movió su mano derecha dos veces, abofeteando a Ted Barris en plena cara. Ted no se movió. No hizo ningún gesto. Sólo aquella

sonrisa imperceptible seguía flotando en sus labios.

—Esperaba que reaccionaras así, Sally —dijo, en voz baja—. Eres la misma… y yo sigo siendo el mismo también. Da la casualidad de que éste es también el sitio donde te besé por última vez. Ella adivinó lo que iba a ocurrir. Le abofeteó de nuevo. Puso en el golpe todas sus fuerzas, todo su vigor, todo su odio. Pero se sintió vencida cuando él la estrechó en sus brazos, besándola. La lámpara de petróleo, situada al fondo, pareció oscilar. Todo dio una extraña y vertiginosa vuelta ante los ojos de Sally. Él la soltó.

—Hace mucho tiempo de esto —musitó Ted—. Pero nada ha cambiado. ¡Nada!

Ella, con las facciones lívidas, susurró:

—Miserable. Pagarás esto, te lo juro.

—Lo estoy pagando desde que te conocí, Sally. En ese momento se oyeron cascos de varios caballos junto a la cuadra. El grupo que había salido en busca de Sally volvía después de su inútil búsqueda. Al oírlos, una llamarada de odio brilló instantáneamente en los ojos de la mujer. Corrió a la puerta, sin que Ted Barris hiciera nada por impedirlo.

—Venid, ¡muchachos! —gritó—, ¡venid pronto! Aquí está el hombre que ha dejado ciego a Colman.

CAPÍTULO VI

Seis jinetes se aproximaron a galope. Eran cinco peones del rancho y el *sheriff* de Abilene, que los había encontrado en el camino y se había unido a ellos para ayudarles en la búsqueda. Al oír que en las cuadras estaba el hombre que había dejado ciego a Colman y por cuya cabeza se ofrecía ya una buena recompensa, todos se acercaron desenfundando sus revólveres, deseando cada uno de ellos ser el primero en liquidarlo. Una figura blanca salió por la puerta.

—¡Cuidado, No disparéis! ¡Es Sally! Sally echó a correr hacia los jinetes, que ya se habían abierto en semicírculo con las armas preparadas.

—¡Está ahí! ¡Es él! —gritó.

Otra figura apareció entonces en la puerta. Era la de un hombre alto, fuerte, completamente vestido de negro. Uno de los hombres fue a disparar, pensando que allí tenía oportunidad de ganar una pequeña fortuna. Pero al levantar el revólver sintió ya que éste volaba, convertido en astillas entre sus dedos. Una llamarada acababa de brotar del costado izquierdo del desconocido, quien había hecho el disparo sin sacar el «Colt» de la funda. El aviso fue suficiente para que nadie se precipitara. El *sheriff* gritó, además:

—¡Quietos! El hombre vestido de negro avanzó lentamente hacia un espacio alumbrado por la luz de la luna.

—Tiene la misma escuela de Colman —dijo alguien en voz baja, junto al *sheriff*. De los que disparan a través de la funda, sin «sacar» y no fallan un tiro.

—Me gustaría saber quién es. En aquel momento, el hombre vestido de negro llegó a la zona iluminada. El *sheriff* lo reconoció al instante.

—¡Maldito sea su nombré! ¡Si es Ted Barris! Ted se limitó a decir:

—Hola, *sheriff*.

—¿Qué haces aquí, condenado? ¿A qué has vuelto a Abilene? ¿Es que no recuerdas que te dije que te ahorcaría si volvías a poner los pies en la ciudad?

—No he vuelto por mi gusto, *sheriff*. Me han llamado.

—¿Que te han llamado? ¿Quién?

—Larry Wolder.

—¡Eso es absurdo! ¡Si Larry Wolder pudiese, te echaría de aquí a latigazos ahora mismo! Barris explicó en breves palabras que Wolder había pedido con urgencia un detective a la Agencia Pinkerton, y que él era el más próximo de todos los que se encontraban en aquella zona. El *sheriff* le escuchó en silencio, haciendo gestos dubitativos de vez en cuando.

—¿Tienes tu credencial, Barris?

—Sí. Aquí está. Barris enseñó al *sheriff* los documentos que le acreditaban como detective al servicio de la Pinkerton. El *sheriff* apenas les dirigió una ojeada devolviéndolos en seguida.

—De modo que eso fue lo que hiciste al ser expulsado de aquí, ¿eh? Enrolarte en la Agencia Pinkerton. No está mal para un tipo como tú, que lleva el nombre de un ahorcado. Allí sólo quieren a tipos listos y que sepan disparar con rapidez.

—Ya conoce lo que puedo hacer con un revólver, *sheriff*.

—Sí. Demasiado lo sé. Llenaste la ciudad de sangre antes de que yo tuviera la buena ocurrencia de expulsarte de ella. Pero es inútil que sigas en Abilene, Barris, Wolder, en cuanto sepa lo que le han enviado, dirá que no necesita tus servicios para nada.

—En tal caso, seguiré esto por mi cuenta, *sheriff*. Han ocurrido una serie de cosas extrañas aquí y tengo interés en saber por qué o por quién han sido causadas. Al fin y al cabo, ésta es mi tierra.

—Pero yo no te dejo permanecer en ella. ¿Qué ocurrirá si te expulso otra vez? Barris dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, sin ningún gesto agresivo, pero dando a entender que le bastarían unas fracciones de segundo para disparar contra quien fuera.

—Inténtelo, *sheriff* —dijo solamente.

—No creas que me asustas, Barris. Somos seis hombres y te acribillaríamos en seguida, aunque tú pudieras llevarte por delante

a uno o dos. Pero no quiero que tu regreso a Abilene vuelva a dejar huellas de sangre. Si has venido únicamente para investigar lo de Colman, puedes quedarte. Pero a la menor extralimitación, te clavaré una bala entre las cejas. No volveré a avisarte, Barris.

—De acuerdo, *sheriff*. Me basta con una vez.

—Pero ¿es que no se dan cuenta? —susurró Sally—. ¡Él fue quien dejó ciego a Colman! ¿No recuerdan que le amenazó? ¡Le escribió una carta diciendo que perdería los ojos si se casaba conmigo!

—No tenemos ninguna prueba de que haya sido él —musitó el *sheriff*—. Pero te advierto, Barris, que tendré en cuenta lo que dice esta mujer.

—Es natural.

—¿Reconoces haber escrito aquella carta?

—Claro que lo reconozco.

—¿Te das cuenta de que con ello te señalas como culpable, Barris? Pudiste pagar a tres hombres para que hicieran esa salvajada mientras tú llegabas muy tranquilamente desde Kansas City, con el aspecto de quien nunca ha disparado una bala. Sabes que no me precipito en las cosas, Barris, pero me están entrando ganas de meterte entre rejas.

—Lo sabía, cuando vine aquí.

—Está bien, Barris. Siempre fuiste muy audaz, pero me parece que esta vez te has pasado de la raya. Quedas prevenido. Hizo una señal, a manera de saludo, y se alejó a galope en dirección a Abilene. Los hombres del equipo del rancho desmontaron parsimoniosamente, dirigiendo miradas recelosas al pistolero vestido de negro. Algunos vaqueros más habían salido al oír las voces y el disparo, pero el dueño del rancho, Larry Wolder, no hacía acto de presencia aún. Los jinetes llevaron sus caballos de la brida hacia la cuadra general, sin decir una palabra. Viendo que Sally estaba sana y salva, nada tenían que hacer allí.

La muchacha fue a seguirles, pero de pronto se sintió atravesada por los ojos del hombre vestido de negro.

—Gracias, Sally —dijo solamente él.

—¿Gracias porque he querido enviarte a la horca?

—Si tú crees que yo soy el culpable de lo ocurrido a Colman, supongo que tendrás tus razones.

—No he querido hacerte daño, Ted —susurró Sally, desmayadamente, después de unos segundos de silencio—. Tú sabes bien que a veces las mujeres no conocemos los motivos de nuestros actos. Cuando me has besado…

Él guardó silencio. La miraba. Reflejando la luz de la luna, sus ojos claros parecían dos puntitos brillantes en la noche.

—¿Qué ha ocurrido cuando te he besado, Sally?

—He tenido la sensación de que el tiempo no había corrido. De que todo era igual, como antes de que tú marchases.

Él continuó guardando silencio. Continuó mirándola.

—¿Te has casado, Ted?

—No.

—Yo… Bueno, lo de Colman ha sido…

—No te pido explicaciones, Sally.

—Lo único que quiero que comprendas es que no he querido causarte ningún daño. Estaba como desesperada porque has doblegado mi orgullo. En aquel momento te hubiese ahorcado yo misma, pero comprendo que mis pensamientos no tenían sentido.

—Al contrario. Era entonces cuando pensabas bien, porque merezco la horca, y acabaré en ella como el tipo al que robé su nombre. ¿Dónde está tu padre, Sally? Es raro que no haya venido. Sally se mordió el labio inferior nerviosamente.

—Mi padre… Bueno, ya sabes que antes era muy aficionado a beber y a jugar. Su pasión por los naipes ha aumentado, pero con el inconveniente de que ahora juega completamente borracho. Ni él mismo sabe lo que pierde.

—Tú podrías hacer algo por él.

—¡Bah! Lo he intentado todo y lo he dejado por inútil. ¡Él sabrá lo que hace! En la entonación de la muchacha había un cierto tono desdeñoso al que Barris no quiso prestar atención.

—Sí —dijo—. Peor para él.

—¿Vas a marcharte, Ted?

—Sí. Voy a Abilene.

—Podrías quedarte en el rancho. No tendrías que dormir en la sala general, te lo aseguro. Yo misma prepararía el dormitorio de los invitados.

—Eres muy amable, Sally. Latía como una nota ansiosa en la voz de la mujer.

—¿Aceptas? Ted Barris movió la cabeza lentamente, sin dejar de mirarla.

—No puedo aceptar, Sally. Este rancho tiene malos recuerdos para mí. Compréndelo. No quisiera pasar aquí demasiadas horas.

—Entonces, ¿por qué has venido al rancho después de dejar el tren en Abilene?

—No he venido exactamente al rancho, Sally, sino al lugar donde antes nos veíamos a solas. Algo irresistible me ha hecho venir hasta aquí. Algo que no sabía explicarme.

Ella se acercó un poco muy lentamente. Él no se movió.

—Yo he ido allí otras veces. Te juro que he ido. Muchas horas me las he pasado allí, mirando la luz del petróleo, pensando que esa luz proyectaba antes tu figura. Te lo juro, Barris. Tienes que creerme.

—No he dicho que no te crea.

—Pero tú pareces tener la sensación de que el tiempo ha pasado y ya no va a volver para nosotros. En cambio yo… Se acercó un poco más. Ted no se movía. Sally no parecía darse cuenta de que, aunque estaban solos, sus figuras eran claramente recortadas por el resplandor de la luna.

—Nada de lo que dejamos atrás vuelve nunca, Sally —musitó Ted—. Nada, ni los muertos que dejamos en nuestro camino ni las mujeres que olvidamos o que nos olvidan a nosotros. Buenas noches, Sally.

Echó a andar, pasando junto a ella, y siguió las huellas que había dejado el caballo del *sheriff*. Sally no intentó retenerle. Sólo preguntó:

—¿Vas a pie?

—Claro. He venido en tren.

—Puedes escoger alguno de nuestros caballos. Es seguro que te recordarán aún.

—Gracias, Sally. No me molestará ir a pie. Al contrario, creo que va a sentarme bien el camino hasta Abilene.

—¿Es que vivirás en la ciudad?

—Sí. Ted se había vuelto hacia ella, deteniéndose un momento.

—¿Qué es lo que piensas hacer? ¿A quién vas a ver allí primero? ¿Al mismo Colman?

—No.

—¿Pues a quién?

Ted Barris la contempló un momento, y otra vez sus ojos donde se reflejaba la luna, parecieron como dos puntitos brillantes en la noche. Dijo, lentamente:

—Voy a ver a otra mujer, Sally. A una mujer llamada Marian.

CAPÍTULO VII

En el New Star Saloon, quizá el mejor de Abilene, habían colocado aquella noche un gran cartel para anunciar el debut de una artista llegada desde Kansas City. Ted Barris, que había venido caminando desde el Wolder Ranch, se detuvo, encendió un cigarrillo y leyó calmosamente el cartel. Éste decía:

> «Sensacional debut de la bailarina Marian Stena, llegada expresamente desde Kansas City. Tiene la voz más bonita y las piernas más perfectas del Oeste. ¡Venga usted! Le aseguramos que no se dará cuenta de la voz».

Entraba mucho público. Los trenes ganaderos partían constantemente de Abilene, y a la ciudad llegaban con la misma frecuencia manadas conducidas por hombres que sólo aspiraban a pasar su gran noche en la ciudad del vicio. Un saloon como el New Star era allí un negocio seguro. Barris arrojó su cigarrillo al polvo de la calle y entró también. El local estaba lleno. Todas las mesas cercanas al escenario aparecían ocupadas, pero había aún un pequeño lugar en la barra. El recién venido se situó allí, pidió *whisky* y esperó a que actuara Marian. La conocía ya por haberla visto en el tren. Ella había venido con él desde Kansas City aquella misma noche. Sin hablar, sus ojos se encontraron un solo momento. Nada más. A pesar de lo avanzado de la hora, a pesar de que dentro de poco amanecería ya, Marian Stena iba a debutar. Había suficientes vaqueros borrachos en Abilene para que el dueño del

New Star deseara atraerles a su local y convertir el día en noche. Ted Barris se daba cuenta de que aquél era el momento más peligroso para una artista, y sin saber bien por qué, guiado por un instinto misterioso, estaba alerta. Cuando Marian apareció en el escenario, el local amenazó hundirse. Iba ligera de ropa, pero sin exageración. No, no era su descaro lo que atraía al público. Otras artistas se exhibían con más atrevimiento y no llamaban tanto la atención. Pero Marian contaba con el tesoro inapreciable de su juventud, pues apenas habría cumplido los veintiún años. Tenía una gracia especial para andar, para moverse. Cada uno de sus pasos hacía destacar misteriosamente de una forma que parecía estudiada, alguna línea de su cuerpo. Los espectadores de las primeras filas empezaron a aullar de entusiasmo. Pronto aquel entusiasmo fue general. Marian empezó su canción, que acompañaba con pasos de baile. Su gracia era tanta, que el propio pianista, embelesado, dejó de tocar. Brillaron los ojos de algunos vaqueros que durante semanas enteras no habían visto a ninguna mujer.

«Y sin embargo —pensó Ted Barris—, en los ojos de esa mujer hay algo cansado, triste. Da incluso a veces la sensación de que podrían ser los ojos de una vieja». Cuando la canción terminó, los gritos y los «hurras» obligaron a Marian a repetirla. El ambiente se caldeaba. Algunos *cowboys* sacaron sus revólveres y empezaron a disparar al aire. Nadie parecía estar cansado, a pesar de que por las ventanas del saloon se filtraban tímidamente las primeras luces de la aurora. De pronto, un vaquero subió de un salto al escenario y arrancó a Marian de un tirón una pieza de tela que, según él, «molestaba a la vista». Marian no intentó defenderse, como si ya estuviera resignada de antemano a lo que había de suceder. Los gritos y las carcajadas, más brutales cada vez, arreciaron por momentos. Fue aquella actitud fatalista y humilde de la muchacha lo que más impresionó a Ted Barris. Tenía que haber un verdadero abismo, un terrible hundimiento en el alma de aquella mujer para que ni siquiera intentara defenderse. Barris se acercó al escenario sin prisas, subió de un salto a él, levantó al vaquero con un solo brazo, después de sujetarlo por la camisa, y de un mandoble lo envió rodando sobre las mesas cercanas. Hubo entre el público un grito unánime de júbilo, pues una bonita muchacha y una gran pelea eran las dos únicas cosas en que soñaba un vaquero cuando se

disponía a pasar en Abilene una noche de juerga. Dos compañeros del caído subieron al escenario, dispuestos a arremeter contra el intruso. Barris los despachó a los dos casi al mismo tiempo. A uno de un golpe al estómago, al otro de un gancho al mentón. Las carcajadas y los gritos aumentaron.

—¡Baila tú ahora! —gritó un pistolero mientras sacaba su «Colt».

Disparó entre los pies de Barris, que ni siquiera se movió. Pero cuando advirtió un brillo peligroso en los ojos del bromista, comprendió que las cosas irían más lejos. Supo adivinar el instante en que el otro tiraría otra vez, ahora más arriba. Y Barris movió instantáneamente la cadera derecha, adelantando el revólver, que quedó casi solo en línea de tiro. Una simple presión del dedo índice y el hombre que iba a exterminarle cayó con el corazón atravesado.

Después de aquellos dos disparos, se hizo en el saloon un espantoso silencio. El piano había dejado de tocar. Marian, en un ángulo del escenario, no se movía. Los espectadores contemplaban atónitos la escena. Tres hombres que estaban sentados a una misma mesa, se pusieron instantáneamente en pie al comprender que el caído no volvería a levantarse más.

—¡Ha matado a Charlie!

—¡Charlie era el jefe de nuestro equipo! ¡Hay que vengarle!

—¡Quietos! —gritó Barris desde el escenario—. ¡No quiero matar a nadie más, pero tendré que hacerlo si os movéis! ¡Cuidado con tocar las armas o acompañaréis a vuestro amigo en el último viaje! Ninguno de los tres hizo caso de la advertencia.

—¡Tú serás quien le acompañe! —¡Toma, perro!

No llegaron a disparar. Ted, quien no llevaba las fundas sujetas al muslo por ninguna tirilla, hizo otra vez aquel suave movimiento de caderas que parecía un paso de baile. Los revólveres como si estuvieran domesticados, se pusieron solos en línea de tiro. Uno de los vaqueros fue herido en la mano y tuvo que soltar su revólver mientras, el segundo, menos afortunado, recibió plomo en el centro exacto de la cabeza.

—¡Te he dicho que no quería ver tu paso marcado por un río de sangre, Ted Barris! —aulló el *sheriff*—. ¡Y te he prometido que dispararía contra ti si volvías a emplear de ese modo el revólver!

—Oiga, Kruger —dijo el dueño del saloon intercediendo—. Él sólo ha querido defender a una de mis artistas.

—¿Sabe ya quién es ese tipo? ¿Sabe que hubo que expulsarle de la ciudad?

—Sé qué número calza, *sheriff*, y cuando le he visto en mi local me he puesto a temblar. Pero en este caso no ha obrado mal, se lo juro. Si él no llega a interceder, me desnudan a la muchacha y luego pegan fuego al saloon.

—Eso le ocurre por dar funciones extraordinarias dedicadas a vaqueros borrachos. Debería prohibírselo.

—Cerraré el saloon inmediatamente, *sheriff*. Es de día ya y le prometo que no volveré a abrir hasta las siete de la próxima tarde. Pero no me busque más líos. No haga que ese tipo empuñe otra vez el revólver.

Ted Barris asistía a aquella conversación con una leve sonrisa de indiferencia en los labios. El *sheriff* quería expulsarle nuevamente de la ciudad. ¿Y qué? Él no se iría hasta que hubiese averiguado algo.

Pero Kruger se encogió de hombros al fin.

—Está bien —gruñó—. Desalojen.

Ted, sin preocuparse más por aquella cuestión, entró directamente entre bastidores mientras en el saloon, ante la orden de desalojar, empezaban otra vez las broncas. Los camerinos del New Star no eran pequeños y estaban limpios. Ante la puerta del primero de ellos, Ted leyó un cartel pintado con letras negras apresuradamente: «*Miss* Stena».

Entró sin llamar. Marian se estaba poniendo un vestido de calle, y no había terminado aún la delicada operación. Otra vez, como había ocurrido en el escenario, tuvo un gesto de resignación fatalista que impresionó vivamente a Barris. Daba la sensación de, la mujer que lo tiene todo perdido, que ya nunca más intentará defenderse. Cuando él cerró la puerta a su espalda, se limitó a decir:

—Menos prisas, hermano. Creo que intenta cobrarse el precio demasiado pronto.

—No intento cobrarme nada, Marian.

—Me las hubiera arreglado yo sola, sin la intervención de usted. De todos modos, se lo agradezco.

—No hay motivo. Estas ciudades podridas del Oeste central están infestadas de tipos como yo que, se meten en todas las broncas y terminan complicando más aún las cosas. Pero no quería

hablarle de eso. No he venido a Abilene para una tontería así. Ella le miró de soslayo, sin conceder importancia a aquella situación, mientras se calzaba y ataba la alta bota con la falda por encima de la rodilla.

—Ahora recuerdo —dijo con calma— que le he visto hace unas horas en el mixto de Kansas City. Hace poco tiempo que ha llegado a la ciudad, ¿eh?

—Muy poco.

—Pues se ha metido ya en un buen lío.

—Antes tuve otro.

—¿Qué hace cuando llega a un sitio? ¿Se pone a buscar broncas y a disparar en seguida?

—Puede. Marian terminó de atar su alta bota, hizo un gracioso movimiento con la pierna y dejó caer la falda.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Un asesino?

—¿Lo parezco?

—Sí.

—No es usted muy amable, que digamos. Pero como ha dicho la verdad, no me queda más remedio que aceptarla. Marian se acercó un poco, poniendo los brazos en jarras.

—¿Cómo te llamas, si es que a los tipos como tú se atreve alguien a ponerles nombre?

—Ted Barris.

—Ya he oído al *sheriff*. Te tuvieron que expulsar de Abilene una vez, y eso que en esta ciudad son bien recibidos hasta los coyotes. ¿Quién eres, en realidad?

—Un sabueso de la Agencia Pinkerton. La noticia pareció sorprender a Marian, haciéndola perder por un momento parte dé su aplomo.

—¿Un detective de la Pinkerton? ¿Y qué buscas aquí? ¿Ha habido muchos robos de ganado últimamente? Tengo entendido que los de la Pinkerton os dedicáis a eso.

—Y a cosas peores. Hubo un momento de extraña tensión entre los dos. Se miraron a los ojos fijamente, como si no se atrevieran a decirse las palabras que tenían en sus labios. Al fin, Barris musitó:

—Ya sé que unos hombres de la Agencia Pinkerton ahorcaron a tu padre cuando fue detenido por cuatrero cerca de Omaha.

La muchacha iba a decir algo. Tenía ya la boca abierta, pero de

pronto pareció cambiar de opinión y la cerró de golpe. Entrechocaron sus mandíbulas. En seguida sus labios escupieron con fuerza sobre el rostro de Ted Barris. Éste recibió la ofensa en plena cara, sin moverse.

—Lo siento —dijo—. Yo todavía no he ahorcado a nadie.

—Procura no volverme nunca la espalda, Ted Barris, porque a las mujeres no nos da vergüenza matar a traición.

—Lo sé. Además, eres más bonita de cara.

—¿Crees que conmigo adelantas algo? ¿Crees que tienes algún derecho por haberme salvado de las manazas de aquel borracho?

—No. Tú me importas poco. Lo mismo que le importabas a Colman.

—¿Es que has venido por eso? —susurró Marian, dejando caer los brazos a lo largo del cuerpo.

Toda su actitud agresiva, achulada, de unos momentos antes, se había desvanecido. Todo aquello fue comedia, fue farsa, para hacer creer a Barris que todavía era una mujer capaz de reaccionar. Pero su verdadera alma se manifestaba ahora. Su alma de mujer destrozada, engañada, que ya no tenía fe en la vida ni en los hombres. Verla tan joven y al mismo tiempo tan hundida, era incluso para los duros ojos de Barris un espectáculo cruel. Se acercó a ella y la sujetó por los hombros, sin que Marian opusiera resistencia.

—Sí, he venido por eso —dijo—. Sé que erais prometidos.

—Me juró que se casaría conmigo.

—¿Fue porque te vio sola? ¿Es que sintió lástima de ti? ¿O acaso te amaba de verdad?

—No fue ni por una cosa ni otra —confesó sencillamente Marian —. Fue por algo mucho más sencillo: le parecí bonita y no quiso dejarme pasar por su lado sin intentar algo conmigo, aunque fuera mintiendo.

—¿Consiguió algo? Ella le miró duramente al fondo de aquellos ojos claros, limpios, y, sin embargo, crueles como los de una fiera que se dispone a luchar.

—No —dijo, con sequedad.

—De veras me alegro, aunque no me importe.

—Pero eso no ha sido obstáculo para que yo haya perdido la fe. Me vio actuar en un saloon a los dieciocho años ganándome la vida

del único modo que me habían enseñado a hacerlo. Mi madre también era una artista de ésas. Colman me vio y me habló de un amor que no sentía. Es ridículo que yo explique esto, ¿verdad? Cuando una chica sale a trabajar al escenario de un saloon, ya tiene que saber que eso es lo mínimo a lo que se expone. Barris no la consoló. Dijo, tranquilamente:

—Sí.

—De todos modos, también nosotras tenemos un corazón —continuó ella, en voz baja—. Y precisamente porque a cada momento estamos a punto de perderlo, nos sujetamos con todas nuestras fuerzas a una esperanza, por mínima que sea, cuando nos la dan. Colman me dio no sólo esperanzas, sino seguridades. ¿Tú conoces a Colman?

—De referencias.

—Es un hombre joven, guapo, fuerte… Uno de esos tipos que en seguida interesan a cualquier mujer. Además, resulta muy rápido con el revólver. A su lado me sentía protegida.

—Claro.

—Piensas que no tengo por qué darte tantas explicaciones, ¿verdad? En el fondo, a los hombres os molesta que os hablen demasiado bien de otro hombre.

—Por mí puedes ponerle una corona, si te da la gana.

—Me enamoré de él —finalizó Marian, con un susurro—, y seguí creyendo en sus promesas aun después de saber que se había marchado de Kansas City. Pero luego supe también que iba a casarse con la heredera del rancho Wolder.

—Y le amenazaste.

—He averiguado bastantes cosas en Kansas City, en unas pocas horas. Las noticias que se refieren a hombres como Colman circulan con facilidad y pronto se conocen en todas partes. Además, yo recibía en Kansas El Correo Ganadero, el único periódico que se publica en esta parte del Territorio. Han aparecido en él varias noticias sobre Colman.

—¿Has venido a verme por eso?

—Sí. Sé que le amenazaste por medio de un hombre llamado Stillman, al que Colman mató luego.

—Eso significa que a Colman le ha ocurrido algo.

—Creí que lo sabías ya, y que precisamente querías estar en

Abilene por eso.

—He venido solo para poder hablarle, aceptando el primer contrato que me han ofrecido en la ciudad. Sujetó ansiosamente la camisa negra de Barris, casi zarandeándole, a pesar de sus escasas fuerzas, y balbució:

—¿Qué le ha ocurrido? ¿De qué soy sospechosa?

—De haberle dejado ciego —dijo Ted, brutalmente. Los dedos que se crispaban sobre la tela de la camisa del hombre se tensaron de repente. Marian dejó de mirar a Ted Barris, hundió la cabeza sobre el pecho y un sollozo convulsivo la recorrió por completo, Ted se dijo que aquella muchacha estaba destrozada, pero que su corazón no había muerto del todo aún. Aunque, ¿de qué le servía el corazón a una muchacha que estaba sola en una ciudad como Abilene? Nadie daría diez centavos por los sentimientos de una mujer como ella. Marian lo sabía.

—Veo que lo sientes —musitó Ted.

—Sí.

—De todos modos, aún es posible que pueda curarse.

—¿Quién ha sido?

—Eso es lo que no sabemos. Yo tengo que averiguarlo.

—Pero alguien te habrá contratado, ¿no? Ella hablaba sin mirarle, con la cabeza todavía hundida sobre el pecho.

—Sí. El padre de Sally.

—Esa maldita pagará para vengarle, mientras que yo…

—Tú lo sientes más que ella. Eso es lo que vale.

—Lo siento, y además…, además, tengo miedo. Aunque, ¿qué importa ya lo que pueda suceder?

—¿Qué temes?

—Sabiendo que yo era la prometida de Colman, nadie se atrevía a hacerme demasiado daño. Pero ahora, cuando sepan que él está ciego y no puede defenderme, ellos me matarán.

—¿Quiénes son ellos?

—Dos pistoleros a quienes desprecié y a quienes dije que no merecían ni limpiar con la lengua las botas a Colman. Juraron que se vengarían. Barris hizo Un movimiento de indiferencia.

—El Oeste es grande. No te encontrarán. Pero si las cosas se te ponen feas, pide protección al *sheriff* Kruger, que es una auténtica hiena. En cuanto les hinque los dientes, no los soltará hasta

comérselos del todo, aunque se le mueran a la mitad.

—No sé por qué he dicho eso. Los pistoleros no me importan. Sólo Colman cuenta ahora. Alzó los ojos de nuevo, y preguntó:

—¿Dónde está?

—En la casa de un médico. No le dejan salir de allí.

—¿Cómo se encuentra, aparte de lo de los ojos?

—Bien. Ella se movió inquieta, entrelazando los dedos nerviosamente.

—Los ojos… Sus ojos, perdidos como si fueran dos monedas. No puedo creer eso, Barris… No puedo creerlo.

—Pues así es. Yo siempre digo la verdad, incluso cuando aseguro que voy a besar a una mujer o a matar a un hombre.

—Todo esto es irreal, absurdo. Necesitaría un trago. Media botella de *whisky* es lo qué me calmaría ahora.

—Se nota que no fuiste a una escuela demasiado fina.

—No fui a ninguna escuela. Nací en un saloon, canté y bailé a los cinco años, y cuando apenas era una muchacha tuve que descolgar a mi padre del árbol en que lo habían ahorcado. ¿Tiene algo de extraño que el *whisky* me parezca la única cosa decente que hay en todo Kansas?

—No. Pero siento no poder proporcionártelo ahora. Sólo tengo una botella en el arzón de mi caballo.

—Está bien, no importa. Hasta es ridículo que una chica de veintiún años diga tantas tonterías. ¿Cómo puedo estar cerca de Colman?

—No es fácil, pero hay un procedimiento.

—Haré lo que sea.

—Colman está en casa de un médico, como te digo. Esa casa es una especie de clínica, donde puede alojarse uno si se encuentra enfermo o le han dejado una bala como adorno entre las costillas. Puedes decir que tienes dolores en cualquier sitio y quedarte esta noche allí.

—Lo haré.

—Está bien. Yo te acompaño.

—¿A pesar de ser una sospechosa?

—A pesar de eso. Ted Barris, de pronto, se arrepintió de estar dando tantas facilidades para que Marian se reuniera con otro hombre. Pero ése fue un pensamiento fugaz. En seguida se encogió

de hombros mientras sonreía con indiferencia. ¿Qué importaba? Abrió él mismo la puerta, invitándola, y salieron los dos.

CAPÍTULO VIII

El médico no puso ninguna dificultad cuando Ted Barris le dijo que aquella mujer era la bailarina Marian Stena, que sufría una seria crisis nerviosa después de lo ocurrido en el saloon, y que necesitaba dormir en su casa por si los nervios desembocaban en algo más grave. Como había estado en el saloon, el médico lo conocía ya todo. Llevaba un frasco de *whisky* en la mano derecha, y estuvo a punto de caérsele al ver en su casa a aquel monumento de mujer.

—No… ¡Hip! Claro que no hay inconveniente… ¡Hip! ¿Y dice que padece sólo de los nervios? ¡Hip! ¿No sería mejor que le hiciese un reconocimiento? Al decir esto, sus ojos casi le rodaban de entusiasma dentro de las órbitas.

—Lo único que necesito es que me dé un trago —dijo, secamente, Marian.

Tomó la botella del médico, puso un dedo en la boca de ésta, tapándola parcialmente, elevó la mano y bebió a chorro durante un buen rato, sin importarle los ojos de extrañeza con que la miraban los dos hombres.

—¿Y dices que tienes veintiún años? —Gruñó Ted.

—Sí. ¿Por qué?

—Por nada. ¡Demonios, qué modo de beber!

—Ya lo he dicho: el *whisky* es la única cosa decente que una puede encontrar todavía en Kansas. ¿Dónde está mi habitación? Había pasado ya al interior, caminando por un largo pasillo al final del cual se encontraba una ventana y a cuyos lados había varias puertas, cerradas todas.

—Aquí —dijo el médico, corriendo y disponiéndose a abrir la última de todas—. Puede acostarse y le traeré un calmante. Puede pedir lo que quiera. ¡No le cobraré nada!

—Deje su botella y lárguese. Fue a cerrar, la puerta y entonces se atrevió a preguntar, aun arriesgándose a explicar así el verdadero motivo por el cual estaba en la casa:

—¿Dónde está Colman?

—En la primera habitación. No sabía que se conocieran.

—Nos jugamos una vez una botella a los dados, y de ahí nació nuestra amistad. ¿Cómo está?

—Bien, dentro de lo posible. Ahora, duerme. Ese hombre procura dormir durante muchas horas, quizá porque así no tiene que pensar y se siente menos desgraciado. Una brusca expresión de dolor desfiguró por unos momentos las facciones de Marian. Pareció de pronto como si hubiese envejecido. Ted Barris se dijo: «Esta mujer es capaz de amar y odiar hasta la muerte. Es capaz de sufrir por un hombre como quizá ninguna otra sufriría». De pronto, ella cerró la puerta.

—Si ella no tiene dinero, yo correré con los gastos —dijo Ted al médico, en voz muy baja—. De todos modos, no creo que esté aquí más de unas horas.

—¡Lástima! Salieron los dos a la calle. El médico acompañó a Ted hasta la parte exterior del porche, el Cual ya había empezado a iluminarse con la luz triste y lívida del nuevo amanecer, y El *sheriff* Kruger pasaba en aquel momento frente a la casa.

—Hola; maldito Barris —gruñó—. ¿Has venido a traer al médico a alguna de tus víctimas para que te embalsame su cabeza?

—Sí. Y con mis ahorros de pistolero abriré un saloon y la pondré como adorno encima de la puerta.

—No eres más que un bicho, uno de esos tipos que han nacido para que los cuelguen de un árbol. No sé qué mal hizo esta ciudad para verse condenada a la presencia de hombres como tú.

—Si no fuese por los hombres como yo, usted se aburriría, *sheriff*. ¿Por qué no me invita a un trago y así le podré explicar tres o cuatro sistemas para reírse de las autoridades? Kruger fue a lanzar una maldición, pero en ese momento pasó ante ellos un calesín descubierto en cuyo asiento iba medio tumbado un hombre completamente borracho. Los dos se lo quedaron mirando.

—¿No es Wolder? —preguntó Ted.

—Sí, desgraciadamente es él.

—Demonios. Cuando yo me «marché» de aquí «por mi propia

voluntad», Larry Wolder era ya muy amigo del alcohol, pero creo que nunca había llegado a estos extremos.

—Se emborracha todas las noches. Él no necesita esperar a que sea sábado, como sus peones. Tiene la bolsa bien llena.

—Mientras sólo sea eso…

Los dos hombres estaban ahora juntos y miraban la parte posterior del carruaje, que tomaba ya la curva de la calle.

—No, no es sólo eso —dijo Kruger—. Lo peor es que Wolder bebe en compañía de los peores tahúres de Kansas y juega con ellos grandes cantidades de dinero. Ni él mismo debe saber lo que pierde.

Ted Barris se encogió de hombros.

—Peor para él.

—Tú no le tienes demasiada simpatía, ¿eh?

—Ni simpatía ni antipatía. Al cabo de un tiempo ha llegado a serme indiferente.

—¿Y su hija? Ted miró al *sheriff* al fondo de los ojos.

—¿Qué ocurre con ella?

—¿La has visto, Ted? Quiero decir, ¿habéis tenido ocasión de hablar antes de que ella te acusase?

—Sí.

—Ten cuidado. A causa de ella y de los malditos celos que sientes te considero el principal sospechoso de lo ocurrido a Colman. No creas que porque estás libre lo haya echado todo a rodar. En cuanto tenga la menor evidencia te detengo y te hago colgar.

—Usted siempre me está colgando, pero va a reventar de aburrimiento el día que yo me muera.

—No eres más que un bicho y algún día te voy a…

—¿Sabe que Marian Stena también es sospechosa? Ella amenazó a Colman al saber que iba a casarse con Sally Wolder. Lo sabe todo el mundo. Lo dijo un tipo llamado Stillman, al que Colman mató.

—Yo también lo sé. Y también miraré lo que hay con esa muchacha, desde luego. Lo más fácil es que tenga que colgaros a los dos.

—Está bien, *sheriff*. ¿Sabe qué voy a regalarle el día de su cumpleaños?

—¿Qué?

—¡Un árbol con muchas ramas! Kruger estuvo a punto de sacar

el revólver, mientras lanzaba una maldición, pero se detuvo en el último momento. Ted Barris levantó la mano, a manera de saludo, y se alejó calle abajo, mientras los primeros rayos de sol alumbraban ya su figura. Como sin duda tenía algo en las pestañas, se las acarició levemente, en un gesto maquinal que no pasó inadvertido al *sheriff*. Éste se lo quedó mirando. Al principio con asombro, luego con incredulidad. Ted Barris se había llevado la mano a las pestañas como sin darse cuenta. Y él recordaba muy bien lo que pensó cuando encontró unas pestañas entre los dedos sin vida del pobre Loman. ¿Sería posible? Kruger, mientras se rascaba la mandíbula con gesto de estupor, miró instintivamente hacia la casa del viejo Loman. Éste salía al porche, como todos los días al amanecer, arrastrando una silla. Su hijo menor había tenido que marcharse de nuevo, ahora a vender ganado, y el viejo volvía a estar solo. Todos los días a la misma hora aproximadamente, apenas despuntaba el sol, salía al porche a fumar una pipa. Sus ojos carentes de luz no le mostraban las imágenes de la calle, pero en cambio se distraía con los mil ruidos de ésta. Era capaz de decir cuántos hombres pasaban por delante de él y hasta el número y clase de las manadas que pasaban por el centro de la calle. Así, ensimismado en esta especie de contemplación, lo encontró el *sheriff* Kruger al acercarse a él.

—¿Qué tal, Loman? Loman reconoció sin vacilar la voz del *sheriff*.

—¿Cómo quiere que esté? No descansaré hasta que sepa que han colgado a los asesinos de mi hijo; y si yo pudiera ver, ya habría actuado por mi cuenta liquidando a más de uno, *sheriff*: Tengo la sensación de que…

—¿De qué, Loman? Atrévase, no me va a ofender.

—Tengo la sensación de que usted se preocupa más de lo que le hicieron a Colman, ese pistolero. Ya sé que las dos cosas no tienen nada que ver una con otra y que las dos son importantes, pero lo de mi hijo es más grave, Kruger. A él lo mataron, mientras que Colman sólo está ciego. Yo puedo decir lo terrible que es estar ciego, pero peor debe ser estar muerto, se lo aseguro.

—Le juro que me ocupo de lo suyo, Loman.

—Hágalo, se lo ruego, y olvide por el momento lo demás. Me han dicho que Larry Wolder ha pagado a un Pinkerton para que descubra a los culpables del crimen contra su futuro yerno. Pero yo,

¿a quién voy a pagar? Júreme que no se olvidará de esto, *sheriff*. Kruger le puso una mano en un hombro, con profunda convicción.

—Se lo juro —dijo. Luego pensó que la situación era demasiado dramática, y a él no le gustaban esas cosas. Para restar tirantez a la escena, preguntó con tono que quiso ser jovial:

—¿No tendría por ahí un trago, Loman? No he dormido en toda la noche, y ahora siento la lengua como si fuera papel de lija.

—Entonces lo que le conviene es agua.

—¡Váyase al infierno!

—Está bien, no quiero que me acuse de hombre poco comprensivo. En la alacena, junto a la chimenea, hay un par de botellas de *whisky*. Una de ellas está empezada; beba lo que quiera.

—Gracias. El *sheriff* entró en la casa, que constaba de tres habitaciones. Una era comedor, cocina, sala de estar y vestíbulo, todo en una pieza. La otra el dormitorio de los dos hijos. La tercera el dormitorio del viejo Loman. Ahora recordó el *sheriff* maquinalmente que él no había entrado nunca en el dormitorio del viejo Loman, y que incluso cuando estaba enfermo y tenía que visitarle el médico se acostaba en la cama de uno de sus hijos. Pero éste fue un pensamiento fugaz, sin importancia. Buscó con la mirada en la alacena que había junto a la chimenea y no vio ni rastro de las botellas de *whisky*. Alguien las habría cambiado de sitio, y como el viejo Loman no podía verlo se habría confundido. A los ciegos les ocurren estas cosas. Tienen mucha seguridad en cuando al mundo de los objetos que pueden tocar, pero basta que algo cambie de sitio para que se desorienten completamente.

—No veo las botellas —gruñó—. ¿Es que se las han llevado?

—Tienen que estar —contestó el otro desde el porche—. Anoche las coloqué yo mismo. Puede que me haya equivocado, pero…

—Está bien, no se preocupe. El *sheriff* pensó: «Seguro que te fuiste a la cama con una botella empinaste el codo y ahora te da vergüenza confesarlo». De un modo maquinal, sin dar demasiada importancia a la cosa, Kruger fue a entrar en el dormitorio del viejo Loman. El picaporte, mal engrasado, produjo un ruido especial al girar. Kruger no llegó a dar un paso. Ni tan sólo pudo ver el oscuro interior de la habitación. De pronto oyó un ruido a su espalda y se volvió rápidamente, con una expresión de sorpresa en su rostro. El viejo Loman estaba tras él. Casi debía haber saltado de la silla al oír

el ruido del picaporte. En sus facciones y hasta en sus ojos sin vida había algo muy extraño, algo que Kruger no había visto jamás.

—¿Qué busca, *sheriff*? —preguntó, con voz silbante—. ¿Qué busca ahí?

—Nada. Ahora me doy cuenta de que la botella está sobre la mesa. Perdone. Bebió un trago sin ganas, atragantándose, con la horrible sensación de que Loman, el ciego, le estaba mirando con sus ojos sin vida.

Capítulo IX

Mientras el *sheriff* tenía esta extraña sensación y bebía sin ganas el horrible *whisky* de Loman, algo más estaba ocurriendo en la calle principal de Abilene, junto a la casa del médico donde Marian Stena descansaba unas horas. Dos pistoleros que habían pasado la noche entera deambulando de saloon en saloon, y que habían visto actuar a la muchacha, se acababan de detener ante la casa. Eran dos tipos casi iguales, de unos veinticinco años cada uno. Visto uno, se había visto también el otro. Vestían botas tejanas y cazadoras de piel, llevaban sombreros blancos llenos de mugre y dos revólveres sujetos a los muslos por dos tirillas de cuero Nadie los conocía en Abilene, pero si Marian los hubiera visto los habría reconocido en seguida. Ella sí. Eran Frank y Sturbell, quienes en Kansas City habían intentado raptarla. Pero Marian no sólo se libró de ellos, sino que les hizo objeto de sus burlas. Les dijo que no eran dignos ni de limpiar con sus lenguas las botas de Colman. Eso lo dijo en público, y ellos juraron que las cosas no quedarían así. Frank se rascó la mandíbula, donde se marcaba una barba de dos días, y gruñó:

—¿Seguro que ha entrado ahí?

—Seguro. Y he visto incluso la habitación donde entraba. Hay un pasillo y al fondo una ventana que da al otro lado de la casa. Me he fijado bien en la puerta. Se puede entrar con facilidad.

—Ella ya ni se acuerda de nosotros.

—Me parece que te equivocas. Intentamos matarla ya una vez en Kansas City, y no creo que se haya librado tan fácilmente de nuestro Recuerdo.

—¿Crees que será prudente acabar con ella ahora?

—Para eso hemos venido a Abilene, ¿no?

—Sí, es cierto. No creas que desisto. Lo único que quiero es no correr peligros inútiles.

—¡Bah! Ni siquiera el *sheriff* está por aquí. Le he visto entrar en aquella casa. Cuando salga ya estará todo terminado.

—Realmente no necesitamos mucho tiempo para acabar. Mientras hablaban, los dos hombres se habían ido aproximando a la parte posterior de la casa del médico, donde estaba la ventana por la cual pensaban entrar. Frank susurró:

—¿No estará despierta?

—Tonterías. Se tenía que caer de sueño, si ha venido desde Kansas City esta noche y luego ha estado actuando en un saloon. La encontraremos quieta como una piedra; morirá sin poder defenderse, sin darse cuenta siquiera.

—Eso es lo que yo lamento.

—Bueno, si tan mal te sabe, la despertaré en el momento de ir a disparar. Sturbell lanzó una carcajada y sin grandes disimulos se acercó a la ventana, a través de cuyos cristales miró. Se veía el pasillo silencioso con puertas cerradas a ambos lados. La casa entera parecía dormir a aquella hora imprecisa del alba. Ellos parecían no temer que alguien les viese, puesto que la parte trasera de la casa daba a una especie de cochera destartalada que los ocultaba parcialmente. Sturbell fue el que decidió.

—Tú te quedas aquí, Frank, vigilando y cubriéndome la retirada. Yo entraré y acabaré con esa mocosa antes de diez segundos. Manipuló en la ventana, que era de guillotina, e hizo subir la hoja sin grandes dificultades. Luego pasó una pierna sobre el alféizar y penetró en la casa. La puerta de la habitación de Marian estaba cerrada pero sin dar vuelta a la llave. Sturbell penetró silenciosamente.

Marian dormía completamente vestida sobre el lecho, respirando agitadamente como si sufriese una pesadilla. Unos suaves colores habían asomado a sus mejillas y estaba tan hermosa que el pistolero sintió algo muy extraño dentro del pecho, como si pensara que era una tontería matar a una mujer así, en lugar de intentar raptarla nuevamente. Durante unos segundos pareció pensarlo. Luego el recuerdo de las burlas que ella les dedicara tiempo atrás le hizo entrecerrar los ojos y apretar las mandíbulas. Silenciosamente, extrajo su revólver derecho, con movimientos suaves como los de

un reptil, y hasta se puso ligeramente en cuclillas para estar al nivel de la cabeza de Marian y hacer más segura la puntería. La muchacha seguía respirando agitadamente, pero no abría los ojos. Iba a morir sin darse cuenta. Sturbell hizo:

—¡Chist! Ella se movió, abriendo los ojos poco a poco, como si le costara volver a la realidad. De pronto vio el revólver, vio el rostro contraído que la espiaba tras el cañón, y estuvo a punto de lanzar un grito que el mismo miedo paralizó en su garganta.

—Todo llega —sonrió Sturbell—. Tu hora ha llegado también, preciosa. Fue a apretar el galillo.

En ese momento la puerta de la habitación, que él había dejado entornada a su espalda, se abrió bruscamente. Marian gritó al ver dibujarse sobre el umbral la figura de un hombre alto, fuerte, vestido como un vaquero, y cuyos ojos estaban cubiertos por un vendaje blanco. A pesar de no verle todo el rostro, no vaciló.

—¡Colman! —dijo con voz ahogada.

Sturbell también se había vuelto. Tenía ya el revólver en la mano y el índice sobre el gatillo. Sólo le faltaba disparar. Vio que el recién llegado sostenía también un «Colt» en la derecha, pero eso no le asustó demasiado. Al fin y al cabo se trataba de un ciego.

—No me habías dicho que querías morir junto a ella, Colman —rió.

El revólver de Colman vomitó, sin una sola palabra de aviso, dos llamas anaranjadas. El estupor que reflejó el rostro de Sturbell fue tan grande que llegó a cambiar sus facciones. Al sentir la primera bala junto al corazón, pensó que era absurdo, que un ciego no podía acertarle de aquella manera. La segunda bala, en el centro de la cabeza, ya no le dejó tiempo para pensar. Sturbell cayó de costado, muerto, sin lanzar un gemido. Desde el exterior, Frank oyó los disparos. «Sturbell ya ha acabado con ésa», pensó. Miró hacia el interior, a través de la ventana. Antes se había distraído un momento, no viendo que alguien más acababa de entrar en la habitación de Marian. Ahora, en cambio, pudo darse cuenta de que la puerta estaba abierta, y un hombre, con la cabeza medio vendada acababa de disparar hacia el interior. «¡Tiene que ser Colman! —se dijo, con una mueca de incredulidad—. Colman…». Fue a hacer fuego a través de los cristales, seguro de que le acertaría, pero en ese momento una voz dijo a su izquierda:

—¿Haciendo ejercicio de puntería, amigo? Frank se volvió rápidamente y pudo ver en la esquina de la casa a un tipo completamente vestido de negro, cuyos rubios cabellos flotaban suavemente a la brisa de la mañana. Aquel hombre tenía la derecha a la altura de la cadera, aunque no había sacado aún. Lo reconoció en seguida por haberlo visto pelear antes en el saloon. Era Ted Barris.

—¡Métete en tus asuntos! —gritó Frank, mientras imprimía un brusco giro al cañón de su revólver.

La mano derecha de Barris hizo un movimiento muy suave, tan suave que pareció una caricia. Se posó sobre la funda e hizo oscilar su cadera igual que en un compás de baile. El revólver, dentro aún de la funda, quedó en línea de tiro instantáneamente y vomitó tres llamaradas en apenas tres segundos.

Frank, alcanzado en el cuello y la cabeza, cayó instantáneamente hacia atrás y quedó quieto antes de haber tenido tiempo para apretar el gatillo una sola vez. Ted Barris se acarició levemente las pestañas y susurró:

—Nunca está de más darse una vuelta por los sitios, antes de irse a dormir. Con el pie volvió el cuerpo de Frank, dándose cuenta de que estaba muerto. Sus ojos atravesaron entonces la ventana para ver en el centro del pasillo a un hombre con los ojos vendados y un revólver todavía humeante en la mano derecha. No le costó mucho reconocerlo.

—Colman —dijo. Pasó una pierna por encima del alféizar, como antes había hecho Sturbell, y entró en la casa.

—¿Quién está ahí? —preguntó secamente Colman.

—Ted Barris. Colman movió el revólver, con una fulminante rapidez hacia la zona de donde provenía la voz.

—No lo hagas —aconsejó Barris—. Te estoy encañonando también, y me fastidiaría tener que liquidar a un ciego.

—Tú sabes perfectamente quién es el culpable de que yo esté así.

—¿Sí? ¿Quién es?

—¿Es que quieres que te dé gusto pronunciando tu maldito nombre?

—Yo no dejo ciegos a mis enemigos, Colman. Yo los mato.

—¡Tú pagaste a tres granujas para que me torturaran! ¡Para que

me torturaran así! Se arrancó de un seco golpe los vendajes, muy delgados, y los arrojó al suelo. Sus párpados quemados, hinchados, le impedían abrir los ojos. Sólo una pequeña parte de éstos brillaba, pero tan espantosamente quieta como solo pueden estarlo los ojos de los ciegos. Se oyó un grito dentro de la habitación.

—Yo creí… —susurró a continuación la voz de Marian, que continuaba invisible—. Yo creí que aún había alguna esperanza…

—No veo nada. ¡No veo absolutamente nada! —gritó Colman, con voz ronca—. ¡Pero yo ya lo sabía cuando recobré el conocimiento! Yo ya sabía que aquellos perros habían acabado su trabajo bien.

Ted Barris, junto a la ventana, guardó su revólver.

—Todo aquel que lleva rifle debe cargar con su peso, Colman —se limitó a decir—. Tú has vivido siempre peligrosamente, y era lógico que algún día te ocurriera algo así, como a mí me ocurrirá.

—¡Lo que a ti te ocurrirá es otra cosa! ¡Voy a matarte ahora mismo!

—¡Quieto, Colman! ¡No puedo aceptar un duelo en estas condiciones!

—Es que yo no hablo de duelo. A las ratas no se las desafía. ¡Se las revienta a puntapiés!

—Déjalo para mejor ocasión, Colman.

—¿Para mejor ocasión? ¿Crees que llegará alguna vez? Iba ya a disparar, pero Marian salió entonces de su habitación y se echó en sus brazos, inmovilizándolo.

—¡Quieto, Colman, quieto! —suplicó. Y luego, mirando a Ted Barris, dijo con voz silbante:

—No sabía de lo que eras capaz. Ahora lo sé, después de haber visto a Colman. ¡Vete, maldito! ¡Vete de aquí y ojalá encuentres en tu camino una manada en estampida para que te haga pedazos! Mientras decía estas palabras, miraba con odio a Barris y se abrazaba a Colman como una novia abrazaría a su único amor después de una larga y dolorosa ausencia. Ted Barris sintió algo muy extraño, muy doloroso, al verla abrazada a él de aquella manera. Pero se encogió de hombros y silenciosamente saltó otra vez por la ventana, sin volver la mirada atrás.

CAPÍTULO X

Había varios carruajes parados entre las sombras, todos ellos estacionados delante del porche de la casa de los Hopkins. Se celebraba allí una pequeña convención anual de ganaderos —los Hopkins eran de los más ricos de Abilene— y todo había terminado en una fiesta. Se bebía, se cantaba y al son de un vals danzaban las parejas. A muchas se las veía deslizarse por delante de las ventanas iluminadas. Aquello no parecía Abilene, sino la corte de Versalles.

Claro que los diez o doce vaqueros borrachos que estaban junto al porche peleándose y lanzando maldiciones desmentían esta impresión.

Bebiendo junto a esos vaqueros, medio tumbado en el porche, estaba Ted Barris. Poco a poco se fueron marchando todos y él quedó solo, con la única compañía de una botella de *whisky*. Desde la mañana, desde que había tenido aquella escena con Colman y con Marian, no había hecho más que beber. Y ahora la luna estaba ya muy alta y se marcaban las doce de la noche en los escasos relojes de Abilene.

El *sheriff* Kruger, con la carabina cargada bajo el brazo, hacía su cotidiana ronda. Vio a Ted y se detuvo junto a él.

—Hola, Barris. Te buscaba. ¿Dónde infiernos has estado metido durante todo el día?

—Ya lo ve. Bebiendo.

—Sí. A juzgar por tu voz llevas un barril en el cuerpo. Estás acusado de haber matado a un hombre esta mañana. ¿No lo sabías?

—¿Yo matar a un hombre? ¿Cómo puede pensar eso, *sheriff*?

—Ya sé que eres un santo y que nunca has manejado el revólver, pero ya ves; uno, al hacerse viejo, se va volviendo malpensado.

—Claro, *sheriff*. Beba. Tendía la botella a Kruger. Éste apretó los

dientes y, cambiando repentinamente de actitud, propinó un puntapié a la botella y la arrojó volando por los aires, tras arrancarla de la mano de Barris. Barris no se inmutó. Vio estrellarse la botella contra la fachada de la casa y se encogió de hombros.

—Bueno, *sheriff*, usted se lo pierde.

—Y tú vas a perder algo más. Hablaremos. Tú y yo tenemos muchas cosas de que hablar.

—No hemos hecho más que hablar desde que puse los pies en Abilene, Kruger.

—Pues aún no nos lo hemos contado todo. ¿Por qué has matado esta mañana a un hombre? Era un pistolero llamado Frank.

—Por salvar la vida a Colman y a Marian Stena. Supongo que se lo habrán dicho.

—No exactamente. Ellos suponen que tú les salvaste la vida, aunque no te vieron disparar.

—No dé más vueltas al asunto, *sheriff*. Si lo que pretende es que yo confiese mi culpabilidad, no voy a hacerlo.

—Está bien, tampoco voy a asustarte. Matando a Frank has hecho un favor a la ciudad, pero quería oír lo sucedido de tus propios labios. Esto se va complicando más cada vez y yo estoy cansado, muy cansado. Debía ser verdad. Kruger tenía los hombros hundidos y por primera vez parecía un viejo. Se dejó caer sentado en el porche, junto a Barris, y desapareció su actitud hostil de unos momentos antes. Hasta ellos llegaba la música de la fiesta de los Hopkins.

—Se divierte esa gente, ¿eh? —dijo el *sheriff*.

—Sí, claro que se divierte. Son ricos y no tienen otra cosa que hacer. ¿A qué obedece su cambio de actitud, *sheriff*? Antes estaba muy agresivo y ahora se ha sentado junto a mí.

—Es que cada vez que te veo me crispas los nervios. Eres un peligro para la ciudad, y sin embargo, ahora no tengo nada concreto contra ti. A veces me gustaría dejar este cargo para el que ya me voy volviendo demasiado viejo y que me obliga a ver enemigos en todas partes.

—Yo no soy su enemigo, *sheriff*, a pesar de que un día me expulsó de Abilene.

—Lo sé, pero aún no tengo una idea formada sobre ti. Por un lado pienso que eres el único que pudo dejar ciego a Colman. Por

otro lado, te considero incapaz de una canallada semejante. No sé qué pensar.

—¿Y al sentarse a hablar conmigo trata de sonsacarme?

—No, maldito seas. No es ese mi método ni lo ha sido nunca. Pero estoy tan cansado de este cargo que a veces necesito hablar con alguien, aunque sea con un granuja como tú.

—Gracias por el elogio.

—¿Por qué salvaste la vida a Colman?

—Quizá porque de este modo salvaba también la de Marian. El *sheriff* extrajo su bolsa de tabaco y empezó a liar un cigarrillo parsimoniosamente, sin dejar de mirar a Ted Barris.

—¿Te interesa esa chica?

—Psch.

—Fue una especie de novia de Colman. Él le prometió que se casarían.

—Lo sé.

—Creí que odiabas todo lo que hubiera tenido alguna relación con Colman.

—Se equivoca, *sheriff*. Yo no odio a ese hombre; simplemente lo conozco. Es un aventurero como yo, pero con menos escrúpulos todavía. Sé que ha engañado a algunas mujeres, y cuando me enteré de que iba a casarse con Sally, pensé que eso podía ser un engaño más. Naturalmente no estaba dispuesto a consentirlo, porque en otro tiempo, Sally y yo tuvimos mucho que ver uno con otro. Éramos… más jóvenes y creíamos en la vida. Por eso escribí a Colman aquella carta. El *sheriff* prendió fuego a su cigarrillo pensativamente.

—¿Qué piensas hacer ahora, Barris?

—No lo sé. Quizá marcharme de Abilene, esta vez para siempre. Y dejaré la Agencia Pinkerton. Que se vayan al infierno.

—¿No has averiguado nada?

—Nada. Todo es tan extraño que no sé qué pensar. —Yo tampoco… Yo también he visto cosas muy extrañas. Y al decir esto, el *sheriff* pensaba en la curiosa actitud del viejo Loman cuando le vio a punto de entrar en su dormitorio. Permanecieron unos instantes en silencio, Kruger fumando y Barris mirando al vacío. Al fin, el *sheriff* susurró:

—Si te marchas de Abilene, ¿qué va a ser de esa chica?

—¿Qué chica? ¿Marian?

—Sí.

—No sé lo que va a ser de ella. Se casará con Colman, supongo.

—Él ha quedado definitivamente ciego… —anunció sombríamente Kruger.

—¿Es ya seguro?

—Lo de esta mañana ha sido una prueba decisiva. ¡Él no ve nada, absolutamente nada! Y eso, en unas tierras como las del Oeste central, significa morir.

Ted Barris movió nerviosamente los dedos, mientras se miraba las manos en extraño silencio.

—Lo siento por ella.

—¿De veras no te interesa esa chica?

—¡Bah! Dejemos eso, *sheriff*. ¿Qué ha hecho Colman desde esta mañana, cuando se ha enterado de que ya no podría ver más?

—Pues, Bueno, poca cosa. Parece como si todos los ciegos se buscasen. Ha estado charlando casi todo el día con el viejo Loman.

—Pocas cosas agradables habrán podido decirse, ¿verdad?

—Muy pocas. Ted se puso en pie pasándose una mano por la boca, que tenía seca a pesar de lo mucho que había bebido.

—¿Puede hacerme un favor, *sheriff*?

—Sí, mientras no sea decir por ahí que eres un hombre honrado.

—En el caso de que Colman quede sin ninguna clase de ayuda, ¿va a darle algo por haber sido uno de sus comisarios?

—Un año de sueldo.

—Bien. Yo tengo ahorrados cerca de dos mil dólares en un Banco de Kansas City. Le entregaré un talón por toda esa suma, para que usted se lo entregue a Marian Stena. Dígale que si se casa con Colman son para ayudarles a vivir. Si no se casa, para que tenga una oportunidad y cambie de trabajo. En un caso u otro…, que sea muy feliz. Sin mirar al *sheriff*, extrajo un talonario doblado de uno de los bolsillos superiores de su camisa y escribió apresuradamente una cifra, firmando después. El *sheriff* tomó el papel.

—Ahora veo que esa mujer te interesa realmente —dijo.

—¡Bah! Tonterías.

—Es la primera vez que haces un verdadero sacrificio por una mujer. Eso significa algo, Barris.

—Se equivoca. El dinero tiene tan sólo la importancia que

queremos darle. Adiós, Kruger. Dio media vuelta y se introdujo por entre los carruajes estacionados ante el porche. El *sheriff* Kruger se puso en pie y se alejó también, guardando el cheque en el bolsillo. Llevaba una idea clavada en el cerebro, aunque no la había comunicado aún a nadie. Y pensaba ponerla en práctica dentro de pocas horas, en cuanto amaneciese. Ted Barris, entretanto, había dado la vuelta ya a uno de los carruajes, buscando una calle lateral en la que estaba el hotel donde vivía. De repente una fusta surgió de la oscuridad y cruzó su rostro de lado a lado, dejando en él una instantánea huella de sangre. Ted lanzó un gemido muy débil, más bien causado por la sorpresa que por el dolor. En la penumbra vio dibujarse la figura de Sally Wolder, vestida con un maravilloso traje de fiesta y empuñando en la mano derecha la fusta con la que acababa de golpearle.

—Eres muy amable —se limitó a decir Ted Barris—. ¿Haces eso con todos los hombres?

—Sólo contigo.

—Debes quererme mucho para tomarte tantas molestias. Las hermosas facciones de Sally estaban alteradas a causa de la ira, y brillaban en la penumbra sus ojos diabólicamente grandes y diabólicamente hermosos.

—He oído todo lo que decíais el *sheriff* y tú. He oído tus ladridos de perro miserable.

—Celebro saber que ahora soy un perro. Creo que en otra ocasión me llamaste solamente bicho.

—De modo que estás tan enamorado de Marian Stena, esa bailarina impúdica, que hasta te preocupas por su porvenir, ¿eh?

—Nadie ha dicho que yo esté enamorado.

—Soy mujer y adivino lo que había detrás de tus palabras. Pero harás muy bien, Ted: cásate con ella. Será una buena pareja para ti. Una bailarina indecente y un granuja que vive de su revólver. Espléndido matrimonio. Rechinaron un momento los dientes de Ted Barris, pero no se movieron sus manos.

—Ése no es asunto tuyo, Sally. Pero, por si ha de servir para tu tranquilidad, te diré que me marcho en seguida de Abilene y que probablemente no volveré a esta ciudad nunca, más.

—Lo he oído: Estaba en la fiesta, he salido un momento a tomar el fresco al porche lateral, y lo he oído todo.

—Entonces ya sabes que no tienes que hacer más que una cosa: olvidarte de mí. Lo hiciste una vez, cuando el *sheriff* Kruger me expulsó de Abilene. No creo que te sea tan difícil conseguirlo de nuevo.

Ella desvió un momento la mirada, como si se sintiera confusa ante aquella velada acusación que había en las palabras de Barris.

—¿Es que piensas que yo quería a Colman? —preguntó en voz muy baja.

—Por lo menos se lo demostraste.

—Yo no lo quería. Me sentí atraída por él, sencillamente…, porque era el hombre que más se parecía a ti.

—Yo no soy más que un granuja, Sally. Tú misma lo has dicho y yo siempre lo he reconocido.

Ella apretó los dientes.

—No sé si te darás cuenta, pero te estoy dando una oportunidad, Barris.

—¿Qué clase de oportunidad?

—Puedes volver al rancho y casarte conmigo si quieres. Debiste comprender que cuando la otra noche quise que te mataran mis hombres, fue porque el amor y el odio están muy cerca. Puedes ser el dueño de rancho. Wolder con sólo una palabra, si yo te parezco poco.

—¿Por qué has de parecerme poco? Eres demasiado.

—¡Entonces cásate conmigo!

—Eres mucho más que yo, Sally; no sé si lo habrás pensado. Yo he reflexionado mucho sobre ello, cuando salí de Abilene y escapé de tu embrujo. Pero ahora sé que un pistolero sin fortuna nunca debe aspirar a casarse con la heredera de rancho Wolder.

—¿Me estás despreciando? Su voz era seca, tensa.

—Al contrario, Sally. Lo que hago no es despreciarte, sino elevarte sobre mí. Eres demasiado para un pistolero. Y pienso, además, que un hombre que se precie no debe casarse con una mujer más rica que él.

—Pero ¿es que no lo comprendes? ¡Kansas es una tierra de pelea, una tierra donde sólo los más fuertes vivirán! ¡Rancho Wolder necesita un hombre como tú! ¡Yo quiero un hombre que sea más rápido manejando el revólver, un hombre que me pueda defender!

—Tus palabras son un poco extrañas, Sally. Puedes encontrar a bajo precio a cuantos pistoleros quieras, todos ellos mejores que yo. Hizo una pequeña pausa, mirándola fijamente, y susurró:

—No hago más que pedirte perdón, Sally, por no merecerte. Sé que algún día me comprenderás.

—¡Qué educado!

—Alguna vez tenía que empezar a serlo, ¿no?

—Pagarás esto, Barris —musitó ella con voz silbante—. Ningún hombre me ha rechazado jamás. ¡Soy capaz de matarte!

—Si eres tú la que acaba conmigo, la muerte no será tan mala. Pasó junto a ella, sin mirarla más y se encaminó hacia la calle lateral donde estaba su hotel. Sally rechinó los dientes. En el porche de la casa de los Hopkins apareció su padre, que estaba ya completamente borracho.

—¡Sally! ¡Sally! ¿Estás ahí?

—Sí —dijo ella con una extraña voz metálica.

—Hay muchos jóvenes…, ¡hip!… que te buscan. No te vayas de la fiesta hasta última hora… Dame tiempo para jugar unas partidas. Ella no contestó. Sólo sus labios dibujaban un mohín de desprecio. Entró nuevamente en la casa, donde al instante varios de los ganaderos más ricos de Abilene la asediaron con su admiración, dedicándole palabras de amor, que ella no escuchó siquiera.

* * *

El *sheriff* Kruger había prolongado su ronda mucho más de lo que tenía por costumbre, perdiendo tiempo por diversos establecimientos de la ciudad en espera del amanecer. Afortunadamente para él, fue una noche tranquila. Cuando las primeras luces del alba empezaron a difuminarse en el horizonte, el *sheriff* Kruger hizo algo que no había hecho nunca: convertirse en una especie de ladrón y acercarse sigilosamente a la parte posterior de la casa del viejo Loman. Pegado a la pared, oyó los ruidos que éste hacía al lavarse y prepararse para salir al porche a fumar su pipa. Su hijo aún no había vuelto del viaje, de modo que Loman estaba solo en la casa. Apenas el *sheriff* Kruger creyó que había salido al porche, abrió sigilosamente una ventana lateral, se despojó de las espuelas y penetró en la casa como un ladrón, sin hacer el menor ruido. En efecto, el viejo Loman se hallaba en el porche. Se

veía el humo de su pipa a través de la puerta abierta. Kruger se deslizó como una sombra a lo largo de la habitación, con los ojos fijos en el dormitorio. La puerta de éste estaba solo entornada. No tendría necesidad de mover aquel rechinante pomo que ya una vez había advertido a Loman. Con mil precauciones empujó la puerta y entró en la habitación, envuelta en una penumbra que, sin embargo, permitía distinguir los detalles. Pero si Kruger esperaba encontrar allí algo extraordinario, quizá algo macabro, se llevo una decepción Allí no había nada. Era incluso una de las habitaciones más sencillamente amuebladas que recordaba haber visto en su vida. Todo el mobiliario consistía en una cama, una silla, un jarrón, un cuadro horrorosamente pintado al oleo y una pequeña cómoda con cuatro cajones donde seguramente Loman guardaba su ropa y sus escasos efectos personales. Nada más, Y sin embargo, aun dentro de aquella asombrosa sencillez, tenía que haber algo, alguna cosa que el viejo Loman deseaba ocultar y que había sido causa de que se asustase al notar que un extraño iba a entrar en su dormitorio. El *sheriff* paseó una mirada circular por la habitación intentando analizar todos los detalles.

«—Tiene que ser algo guardado en esa cómoda», —pensó.

Se dirigió hacia allí, vigilando la puerta, y abrió los cajones con sigilo. Pensaba quedarse inmóvil si el viejo Loman entraba de repente.

«Los ciegos tienen los sentidos súper desarrollados, pero seguramente —pensaba Kruger— no tanto como para oír incluso la respiración de otra persona».

Sin embargo, nadie acudió. Pasaba en aquel momento por la calle una pequeña manada, y el ruido que los animales producían, ahogaba todos los demás Kruger registró los cajones metódicamente, sin encontrar absolutamente nada. Sólo había allí ropa, una Biblia y un poco de dinero que el *sheriff* no toco. Mas sorprendido cada vez, tuvo que cerrar los cajones y pensar que el secreto de aquella habitación debía ser una manía del viejo Loman. Miró también debajo de la cama, para no dejar nada al azar. Luego, en vista de lo inútil de sus esfuerzos, dedicó al cuadro y al jarrón una última mirada. El jarrón era pequeño y no contenía nada en su interior. Toda su decoración consistía en un mapa de una diminuta zona de Sacramento, en California. Nada más. Era un jarrón de los

que seguramente los mexicanos vendían como recuerdo. Tenía aspecto de ser bastante viejo. En cuanto al cuadro pésimamente pintado y sin firma, representaba una fuente natural entre unas rocas, donde se formaba un arroyuelo. Eso era todo. Sobre la fuente, como grabada en la piedra, había una inscripción en español: «Clarita».

Todo aquello era de lo más incomprensible. Si en la habitación no había nada, ¿por qué el temor del viejo Loman?

«Manías», pensó el *sheriff*.

Volvió a mirar, para asegurarse de que todo quedaba en orden, y salió por donde había entrado sin hacer el menor ruido. Pero a pesar de que nada había descubierto —o precisamente por ello— una arruga de preocupación se marcaba en su frente.

CAPÍTULO XI

—Oiga, Colman; ¿reconocería usted a los tres hombres que le atacaron si los viese otra vez? —preguntó el *sheriff*.

Estaban en casa del médico, en el pasillo, a media mañana. Colman gruñó con voz sorda:

—¿Cómo quiere que los vea?

—Bueno, me he expresado mal —dijo Kruger—. Cuando nos acostumbramos a hablar de un modo, no sabemos hablar de otro. Quiero decir que si los reconocería por su modo de andar, por su voz, por alguna cosa que no dependiese de los ojos y hubiera quedado grabada en su memoria.

—Creo que si los tuviera delante sabría que son ellos —dijo sombríamente, Colman.

—¿Cómo lo sabría?

—No lo sé. Llámelo instinto si quiere, pero hay algo de ellos que se me ha quedado grabado. Los reconocería.

—Le he preguntado esto porque voy a dar otra batida —dijo Kruger—. Haré detenciones entre todos los sospechosos de los contornos y no pararé hasta dar con esos tres canallas.

En aquel momento se oyó el ruido de los cascos de varios caballos que pasaban por delante de la casa. Kruger prestó atención de una manera maquinal, como siempre hacía «Deben ser tres caballos», pensó. Y ya no volvió a acordarse más de eso.

—Está bien, Colman —dijo—. Haré todo lo que haga falta para que esto no quede así. Adiós.

—Suerte, *sheriff*.

El ruido de los cascos de los caballos se había alejado ya. Si Kruger hubiese salido inmediatamente al porche se habría dado cuenta de que efectivamente eran tres los jinetes. Tres tipos con dos

revólveres cada uno y con los rifles cruzados sobre las sillas. Desde luego, Colman hubiese lanzado un grito caso de poder verlos. Un grito de venganza. Pero no los había visto. Los tres jinetes avanzaron por la calle principal, uno al lado del otro, ocupando una parte considerable de la vía pública. Todos los que los vieron pensaron que aquellos tres hombres venían a algo muy concreto y determinado: venían a matar.

Aunque en Abilene esto no era nada nuevo, los transeúntes empezaron a apartarse discretamente de las posibles líneas de tiro.

Los jinetes, al llegar a la altura de la casa de los Hopkins —donde la noche anterior se había celebrado una fiesta— doblaron hacia la izquierda, tomando la travesía que empezaba allí. Precisamente ésa era la travesía por donde se había introducido Barris la noche anterior porque allí estaba su hotel. Barris había comprado un caballo y una silla, prometiendo al comerciante que se lo pagaría todo a un socio que éste tenía en Kansas City. Estaba ensillando al animal y preparándolo todo para el viaje cuando vio venir a los tres jinetes. Notó en seguida algo extraño, pero no se le ocurrió que pudieran venir a por él. Dé improviso, en la tranquilidad de la calle, tuvo esa brusca y extraña sensación que a uno le hace decir: «Me están mirando». Se despegó del caballo en el momento en que la primera bala de rifle pasaba por el sitio donde había estado hacía unos segundos antes. El corcel se encabritó mientras los tres desconocidos se acercaban a galope.

—¡Ése es! ¡Adelante! —gritó uno.

No había en la calle más que ellos y Ted Barris. El joven no podía ocultarse. Con los tres enemigos materialmente encima, jamás llegaría vivo a uno de los porches para parapetarse allí. Sólo le quedaba una remota posibilidad de vivir: ser más veloz que ellos. Más veloz que tres hombres juntos y que le estaban apuntando ya. Ted Barris saltó al centro de la calle mientras otra bala de rifle restallaba junto a sus pies.

—¡Muy mal! —gritó—. ¡Tenéis que afinar la puntería, cobardes!

Movió la cadera derecha y su revólver pareció quedar solo en línea de tiro. Barris sabía lo difícil que es tirar a través de la funda, pues ahí la mano no sirve de referencia para el blanco. Pero había ensayado mucho aquella clase de disparos, y además no tenía otro remedio. Apretó el gatillo. El jinete que estaba más cerca —el más

alto de los tres— recibió el balazo en plena frente y cayó del caballo lanzando un alarido. Pero los otros dos jinetes apuntaban ya a Ted. No había salvación. En algunas ocasiones se puede ser más rápido que tres hombres juntos cuando éstos no han «sacado» aún, pero es imposible lograrlo cuando los tres tienen ya las armas a punto. Ted Barris se dispuso a morir de pie.

—¡Sois lentos como mulas! —gritó mientras intentaba sacar su revólver—. ¿Es que no sabéis disparar antes?

Una bala, al rozar su cabeza, le hizo caer hacia atrás. «No voy a poder morir de pie… —pensó angustiosamente—. No voy a poder morir de pie…».

Los dos jinetes estaban ya sobre él, apuntándole para acribillarle a balazos. Y en ese momento se oyeron dos detonaciones de rifle, las dos sonando en lo alto, como si resbalasen sobre los tejados de las casas. Uno de los jinetes pudo apretar aún el gatillo, pero su bala se clavó inútilmente en el suelo, junto a Barris. Inmediatamente el joven vio con asombro que sus dos enemigos se retorcían sobre las sillas como si estuviesen luchando con una serpiente. El rifle, en las alturas, volvió a crepitar. Los dos hombres se llevaron a la vez las manos al pecho, retirándolas tintas en sangre un segundo después. Ted Barris se puso en pie de un salto, mientras desenfundaba sus armas. No tuvo necesidad de emplearlas. Los dos hombres habían caído ya de sus sillas y estaban inmóviles en el suelo. Bajo sus cuerpos se deslizaban delgados hilillos de sangre.

Ted Barris elevó su mirada hacia arriba, hacia los tejados de las casas. Sobre uno de éstos se elevaba aún una delgada columnita de humo, pero no se veía a nadie. Luego examinó a los dos hombres, y una leve ojeada le bastó para convencerse de que estaban bien muertos. «El tipo que los ha liquidado tenía que ser un tirador de primera —dijo para sí mismo—. Ha disparado desde la esquina, teniendo que apuntar muy en diagonal, y no ha fallado un solo tiro».

En aquel momento llegó trotando el *sheriff* Kruger.

—¡Maldito seas, Barris! —empezó a gritar, ya a distancia—. ¡Esto ha llegado al límite! ¡Haré que te ahorquen esta misma noche!

Ted suspiró pacientemente.

—¿No pensará que a los tres los he matado yo, verdad? —preguntó cuando el *sheriff* estuvo a su altura.

—¿Quién otro ha podido ser?

—No lo sé. Yo sólo le he dado a ése, al que tiene el balazo en la frente. A los otros los han eliminado con rifle, cosa que puede fácilmente comprobar si se fija en el tamaño de los impactos. Y yo no llevo armas largas de ninguna clase. El *sheriff* se acercó a los cadáveres y empezó a husmear en ellos como un perro de presa. Por puertas y ventanas de la calle ya habían empezado a asomarse rostros curiosos después del tiroteo.

—Es verdad, aunque me fastidia tener que creerlo —dijo Kruger —. Los otros dos han sido muertos por balas de rifle. ¿Quién ha disparado?

—No lo sé.

—Algún compinche tuyo. ¿Por qué quieres ocultarlo?

—No tengo compinches, Kruger. Me gustaría tanto como a usted saber quién ha disparado, pero no tengo la menor idea. El *sheriff* volvió a husmear en los cadáveres.

—Alguien que tuviera interés en liquidar a estos tres tipos. Pero ¿quién puede haber sido? No los conozco de nada. Ni creo que hayan estado en Abilene jamás antes de ahora.

—Pues van a tener que quedarse en Abilene para siempre —dijo un tipo que se había acercado. Poco a poco un grupo se había ido formando alrededor del *sheriff*, de Barris y dé los tres muertos.

—Yo ya le daba por liquidado, amigo —dijo uno mirando a Barris.

—Fue usted muy rápido, pero los otros eran tres.

—A mí me ha parecido ver que el que disparaba con el rifle era un solo hombre.

—Efectivamente era un solo hombre —dijo Ted—. Lo he notado por la frecuencia de los disparos. ¿Nadie más ha podido distinguirlo? ¿No lo reconocerían ni creen haberlo visto antes de ahora? El silencio fue la única respuesta a sus preguntas. Tan sólo el que había hablado antes dijo:

—Era un tipo alto y no llevaba sombrero.

—¿Cómo iba vestido?

—No puedo precisarlo porque sólo veía su sombra. Yo tenía el sol de cara, y él de espaldas. Era difícil.

—Pero ¿se trataba de un hombre?

—Seguro. Ted se encogió de hombros.

—Bueno, *sheriff*, en el fondo no ha cambiado nada. Me largo de la ciudad.

—Pero has matado a un hombre, ¿no?

—En legítima defensa. Todos ésos lo vieron. Hubo un coro de voces afirmándolo.

—Así fue, Kruger. Estuvieron a punto de liquidarle.

—Ellos habían disparado primero.

—Se trataba de un asesinato en regla.

—Está bien —gruñó el *sheriff*—, no me quedará más remedio que convencerme. Tienes mucha suerte, Barris. Quedas libre.

—Entonces me largaré en seguida, no vaya a ocurrírsele cambiar de opinión. Adiós, Kruger. Adiós, amigos.

—Ahora que te marchas tú —dijo el *sheriff*— no va a haber muertos en Abilene por lo menos durante quince días.

—Entonces enhorabuena. Tomó su caballo de la brida y salió del grupo, hasta tener espacio libre para montar. Cabalgó de un salto y se alejó al trote, dispuesto a salir de la ciudad por la parte norte.

Cuando estaba casi al final de la calle principal, alguien se unió a él. Ted lo advirtió al oír el ruido de los cascos de un caballo que marchaba casi junto al suyo. Se volvió. Marian, vestida muy sencillamente, montaba de costado un hermoso corcel, que ya iba a situar junto al suyo. A pesar de la sencillez de sus ropas, de ella parecía desprenderse una especie de efluvio dorado, una mágica luz. «Eres como este país —pensó Ted—. Joven, fuerte, violenta y hermosa». Pero no se atrevió a decirlo en voz alta.

—¿Qué hay, Marian? —preguntó con tono indiferente.

—Hola, Barris. ¿Me permites que marche a tu lado unos instantes?

—Claro. La calle es de todos, ¿no?

—He de hablarte.

—Más vale que te ahorres palabras, hermana. Al fin y al cabo lo que tengas que decirme no será tan importante, ahora que me largo de la ciudad.

—Es importante, Barris… Quiero pedirte perdón. Ayer por la mañana estuve muy desconsiderada contigo. Te acusé sin saber bien lo que me decía. Lo he sentido mucho.

—¿Es que ahora piensas que no fui yo el que dejó ciego a Colman?

—Sobre eso nadie sabe nada con seguridad, Barris. Ha sido tan horrible que… Bueno, creo que todo el mundo opina a su manera. Pero he estado pensando, y creo que tú no eres el hombre capaz de hacer esas cosas. Tú te atienes al viejo código de honor de los pistoleros de la frontera, cuando se mata, hay que matar cara a cara.

—Yo ya quisiera matar por la espalda, pero mis enemigos tienen la tonta costumbre de ponérseme siempre enfrente.

—No sé cómo no has perdido tu buen humor.

—En México conocí a un tipo que siempre decía: «Quien canta, sus males espanta». Ella cambió de pronto el tono de voz. Sus ojos estaban un poco turbios, y eso la hacía parecer más apasionada, más hermosa.

—Soy capaz de hacer una locura si sigues conmigo demasiado tiempo —susurró Ted—. Más vale que te vayas.

—Ted —musitó ella sin hacerle caso—, voy a casarme con Colman. La tremenda sacudida que sufrieron los nervios de Ted sólo se notó en el leve tirón impreso a las riendas de su caballo.

—¿Vas a casarte con él? Me parece muy bien.

—Quizá lo hagamos… mañana mismo.

—¿Ya estás segura de que no te precipitas? ¿Estás segura de amarle? Ella se mordió los labios, evitando mirarle.

—Colman me engañó una vez, y yo creí que ya no le amaba. Pero ahora él está ciego. Ahora me necesita.

—Tu buena voluntad es admirable. Pero ¿te das cuenta de que te enfrentarás con una vida de constantes sacrificios?

—Me doy cuenta de todo. No soy una niña, precisamente porque he tenido que ganarme la vida casi desde que nací. Pero lo único que debo pensar es que Colman me necesita. Seguiré actuando en el saloon hasta que encontremos algo mejor —hizo una leve pausa y susurró—: Por cierto, muchas gracias, el *sheriff* me ha entregado tus dos mil dólares. No sabía cómo decírtelo.

—¿Crees que no serán suficientes de momento? ¿Por qué no dejas de trabajar en un sitio así?

—Colman ha dicho que no quiere salir de Abilene hasta descubrir a los que le dejaron ciego. Y mientras tengamos que permanecer aquí, no puedo exponerme a rescindir el contrato que tengo.

—Lo comprendo. Ted detuvo su caballo a la salida de la ciudad. Evitaba deliberadamente mirar a Marian, intentando que ella no se diese cuenta del dolor y la turbación que había en sus ojos.

—Que seas muy feliz —dijo.

—Ted…

Él no se alejó. Una fuerza extraña le retenía.

—Ted, quiero que sepas una cosa. Eres el único hombre por el que he sentido… —se cortó, no atreviéndose a seguir—. Bueno, voy a casarme con Colman y eso es lo único que cuenta. Si alguna vez pasas por delante de un saloon donde yo actúe…, entra a verme.

—Y si alguna vez me encuentras colgado de un árbol, descuélgame como hiciste con el cadáver de tu padre.

—Adiós, Ted…

—Adiós, Marian. Ella hizo dar media vuelta a su caballo y se alejó. Ted Barris la estuvo mirando durante varios minutos, con los ojos enturbiados por un extraño sentimiento. Algo que no quería confesarse a sí mismo le estaba destrozando el corazón. Pero, como hacía siempre, terminó encogiendo los hombros en un gesto de indiferencia y fingió que aquello no le importaba nada. Con un gesto maquinal, se acarició las pestañas del párpado izquierdo y siguió trotando hacia unas colinas donde había unas cuevas en las que esperaba pasar la noche. Pues aunque había dicho que se marchaba de Abilene y renunciaba a seguir investigando lo cierto era que nunca pensó en alejarse de la ciudad más allá de cuatro o cinco millas. Cuando llevaba cabalgando una media hora, vio un grupo de jinetes alrededor de un árbol. Una sola ojeada le bastó para darse cuenta de que iban a colgar a un hombre. Extrajo el revólver con un movimiento centelleante, dispuesto a hacer algo por evitarlo aunque se encontraba a demasiada distancia para hacer puntería. Pero incluso ni eso llegó a hacer. Se oyó en la lejanía un grito, y el hombre al que se disponían a ahorcar quedó colgando de la soga, balanceándose siniestramente mientras los jinetes ensanchaban el círculo, una vez concluido su fúnebre trabajo. Ted llegó junto a ellos, guardando su revólver al reconocerlos a distancia. Todos eran antiguos compañeros suyos, peones de Rancho Wolder. El hombre a quien habían ahorcado debería tener unos cuarenta años e iba vestido como un tahúr. Todos se habían vuelto al oír llegar a Barris, y aunque sus gestos revelaban que

estaban atentos al revolver. Ninguno llego a rozar la culata.

—¿Qué ocurre? —pregunto Ted—. ¿Por que habéis ahorcado a ese hombre en vez de entregarlo al *sheriff*?

Pat, uno de los vaqueros más antiguos, fue el que contestó por todos:

—Porque él ha asesinado a Larry Wolder, durante una partida de naipes Era un tahúr y le mato a traición, clavándole seis balas en el vientre por debajo de la mesa. Ted Barris hizo una mueca extraña, una mueca que no se sabía lo que significaba. Fue así como se enteró de que Larry Wolder había muerto.

CAPÍTULO XII

El viejo Loman se acercó a tientas a la lámpara de petróleo, la palpó con sus dedos y la encendió, proyectándose en seguida en la estancia una débil claridad. La silueta que había estado pegada hasta entonces a una de las paredes se separó de ésta y avanzó como un fantasma hacia la puerta del dormitorio. Loman a pesar de sus sentidos súper desarrollados, no advirtió el menor sonido sospechoso dentro de la habitación.

Encendida la luz, las tinieblas siguieron reinando para él, pero no obstante sabía que si algún visitante venía se sentiría así menos incómodo. Que un ciego le reciba a uno completamente a oscuras tiene algo de siniestro. Por eso Loman encendía la lámpara todas las noches, aunque a él no hubiera de servirle. Cuando se oían en la calle los primeros gritos de los vaqueros y las primeras músicas en los saloons, él sabía que había empezado a anochecer. La sombra que estaba dentro de la habitación desapareció furtivamente por la puerta del dormitorio apenas se oyó en el porche el taconear de los pasos de una a mujer que se dirigía hacia la casa. La puerta exterior siempre estaba entornada solamente. Alguien la abrió desde fuera y una figura femenina se recortó en el umbral.

—¡Señorita Sally Wolder! —dijo Loman inmediatamente poniéndose en pie. No había podido verla, desde luego, pero había notado su presencia por el perfume que usaba, un perfume que sólo ella podía gastar en Abilene, por su elevado precio.

—¡Qué sorpresa! —murmuró Loman respetuosamente—. No podía esperar esto se lo juro. ¡Venir usted a verme precisamente hoy, cuando acaban de enterrar a su señor padre!

Sally cerró la puerta y se sentó en una silla, en silencio. Sólo sus ropas crujieron.

—Lleva usted un vestido nuevo —dijo el viejo Loman.

—Sí… Ropas de luto, compradas ayer mismo.

—No sabe usted cuánto he lamentado lo de su señor padre. Una persona tan importante y tan rica…

—Pero tenía el vició de jugar. Había en la voz de la joven una sequedad que no pasó inadvertida a Loman.

—Siento mucho que tenga usted que llevar luto —dijo, sorprendido, por decir algo.

—No se preocupe, me sienta bien. En efecto las ropas negras —muy ceñidas y cuidadosamente estudiadas— realzaban aún más la opulenta figura femenina. Claro que esto Loman no podía verlo.

—¿A qué ha venido, señorita Wolder, si… si es usted tan amable de decírmelo?

—¡Oh, por nada especial! Sencillamente quería hablar con usted. En mi confusión y mi dolor actuales, he recordado que es usted una de las pocas personas decentes que quedan en Abilene.

—Me honra usted mucho. Yo… siempre he procurado ser una persona honesta, aunque eso de poco me ha servido.

—Su hijo mayor también era una persona honesta. Las facciones del viejo Loman se ensombrecieron un poco. Sus labios temblaron y hasta sus ojos sin vida quedaron un poco nublados ante la intensidad del recuerdo.

—¿Es que quiere hablarme usted de él, señorita Wolder?

—Sí.

—¿Qué quiere decirme? Ella se aseguró de que la puerta de la calle estaba ahora bien cerrada. Hizo un suave y delicado gesto y encajó sobre su párpado izquierdo las pestañas postizas que llevaba desde unos meses atrás, cuando perdió las auténticas a causa de una leve quemadura.

—Quiero explicarle por qué lo mataron, Loman.

—¿Es que… usted lo sabe? Si Loman hubiese visto ahora la sonrisa helada que flotaba sobre los labios de Sally, se hubiera estremecido de sorpresa y de horror. Pero, afortunadamente para él, no podía verla. Ella dijo con voz lenta:

—Yo lo maté. Yo lo maté en New Valley, en compañía de tres pistoleros que había contratado y que luego fueron los que dejaron ciego a Colman.

—Pero… —La voz del ciego apenas semejaba un murmullo—.

Usted… usted…

—No comprende las causas de que lo matara, ¿verdad? Piensa que yo era rica, que yo era respetada, que no necesitaba para nada cometer un crimen. Pero se equivoca. Nuestro rancho está perdido cien veces, está hipotecado hasta las raíces de los árboles y hasta las pezuñas de las vacas desde que mi padre empezó a jugar. Yo lo sabía, aunque él intentó por todos los medios mantenerlo en secreto y aunque para recuperar lo perdido se enfangase en el juego cada noche más y más. ¡Vi que iba a ser pobre, rematadamente pobre cuando él muriese! ¡Y yo esa idea no puedo soportarla! Sus últimas palabras habían sido demasiado altas, aunque con el bullicio de la calle no era posible que nadie las escuchase desde el exterior. Loman, aterrorizado, no tenía fuerzas ni para contestar. Sus facciones agitadas, temblorosas, daban verdadera angustia.

—Fue entonces cuando enamoré a Colman —dijo ella, dominada ahora por una espantosa frialdad. Comprendí que tendría que luchar cuando mi padre muriese, y que sí quería conservar el rancho debería dominar a punta de revólver a todos cuantos quisieran reclamármelo. Por eso decidí poner a mi entero servicio al pistolero más temido de la región. Pronto me convencí, sin embargo, de que Colman no era de los que arriesgaban la vida inútilmente y de que me dejaría en cuanto me viese en verdadero peligro, como ya había hecho otras veces con distintas mujeres. El que me convenía era Barris, pero Barris estaba lejos…, ¡demasiado lejos! Entonces decidí buscar oro donde estuviese, y pensé que usted hacía una vida demasiado extraña. Usted guardaba algo para sus hijos.

Loman tembló, sin fuerzas para hablar todavía.

—Se creía muy astuto —continuó inflexiblemente ella—, pero esa estúpida manía de no dejar entrar a nadie en su dormitorio, pronto circuló por la ciudad. Pensé que quizá el mayor de sus hijos sabría algo. En New Valley lo acorralamos y lo amenazamos de muerte si no hablaba. No habló porque no sabía nada…

—¡No, no sabía nada! —gimió el viejo Loman—. ¡El menor tampoco! ¡Eran demasiado jóvenes y no quería revelarles ese secreto hasta que pudieran explotar por sí mismos la mina! ¡La mina de oro que encontré en California!

Estaba tan aterrorizado, tan dominado por el dolor, que no se

daba cuenta de la importancia de sus palabras. Los labios de Sally se distendieron en una mueca sardónica mientras abría su pequeño bolso negro y extraía de él un revólver de cañón chato.

—Siga…

—¡No tengo que seguir! ¡Usted le mató! ¡Usted es una as…!

—Grite más y le clavaré una bala entre las cejas, Loman. Le estoy apuntando.

Dominado por la incredulidad, por el terror más absoluto. Loman calló.

—Sabía que ocultaba algo, y he venido a que me lo diga. Le advierto que no estoy dispuesta a perder más tiempo, Loman. Quiero salir esta misma noche con los planos y abandonar el rancho para que los acreedores hagan de él lo que quieran. Si no había me obligará a variar mis planes…, pero antes le mataré. Y tengo aún suficiente dinero para contratar nuevos pistoleros y hacer matar a su otro hijo.

—¡Miente! ¡Ahora está usted sola, sola como una serpiente en un cristal resbaladizo! ¡Nada podrá hacer! ¡Le aplastarán la cabeza!

—Cierto, estoy sola, pero es ahora cuando me siento más segura. Los tres pistoleros a quienes contraté actuaron bien en New Valley y luego aquí, cuando dejaron ciego a Colman, sin embargo…

—Dejaron ciego a Colman… Lo dice con esa brutal indiferencia, como si no fuera nada. ¿Por qué hicieron esa cosa horrible? ¿Por qué?

—Por dinero.

—Pero ¿por qué se lo ordenó?

—Por celos, por despecho, por odio hacia un hombre —dijo ella con rapidez, mientras rechinaban sus dientes—. Me enteré de que Barris había amenazado a Colman con hacerle perder los ojos, y como Colman ya me empezaba a estorbar decidí que había llegado mi momento. ¡Todo lo hice para comprometer a Barris! ¡Él fue el único hombre que adivinó cómo era yo, el único a quien yo quise y que se atrevió a no quererme a mí!

—¡Es usted un monstruo! ¡Siento no tener ojos para verla ahorcada algún día!

—Basta de palabras, Loman. Repito que le estoy apuntando. Dígame cómo puedo saber dónde está esa mina que usted descubrió hace años. Dígamelo o le acribillaré a balazos y luego haré que

maten a su hijo. Recuerde que él no puede desconfiar de mí. Caerá en cualquier trampa que yo le tienda.

Loman sudaba de angustia. Tenía la boca entreabierta y apenas podía respirar. Tuvo que llevarse ambas manos al corazón, que parecía ir a fallarle de un momento a otro.

—Está bien… —balbució—. Mis hijos…, son lo que más quiero en este mundo. Y deseo que el pequeño, al menos viva. En mi dormitorio hay un pequeño jarrón con un grabado al fuego que representa una pequeña zona cercana a Sacramento, en California. Hay también un cuadro pintado por mí mismo. En esa zona está la fuente que el cuadro representa, y junto a esa fuente un filón maravilloso. No hay más que encontrar el sitio, cosa tan fácil, con esos datos, como encontrar Filadelfia en un mapa. Ahora haga lo que quiera… Máteme si lo desea, pero conserve la vida a mi hijo.

Sally Wolder se puso en pie. Su rostro contraído por el ansia, por la codicia, había perdido por unos momentos toda su habitual belleza. Parecía más vieja, más torva. Los ropajes negros, acabados de estrenar, le daban en aquel momento un cierto aspecto de fantasma. Fue hacia el dormitorio. Y en ese momento la puerta, antes de que la rozara, se abrió.

¡Se abrió, y en las tinieblas que había más allá brillaron siniestramente dos ojos! Sally lanzó un grito. No supo por qué, pero en un solo momento, en la fracción de un segundo, se reveló ante ella toda la horrible verdad.

—¿No preguntas por qué maté desde un tejado a tus tres pistoleros? —susurró una voz—. Porque eran los únicos que podían declarar que yo no estaba ciego… Les di dinero para que no acabaran su trabajo, y ellos no lo acabaron, Pero no pude sacarles el nombre de la persona que les había pagado. Con el ansia de la venganza he vivido estos días, Sally. Me fingí ciego para que nadie desconfiara, y mucho menos el viejo Loman, al que yo esperaba arrancar también su secreto… ¡Qué hermosos ojos tienes, Sally! ¡Qué hermosos ojos! Sally se llevó, aterrorizada, una mano a la boca. Quiso gritar y no pudo. Algo se rompió en su garganta, en todo su cuerpo. Bruscamente parecía como si toda su sangre se le agolpase en la garganta, a punto de destrozarla.

—Colman… —Logró gemir. Colman avanzó dos pasos. Alterado el rostro por las quemaduras, siniestro, horrible, su figura se recortó

en el umbral. Llevaba un «Colt» en la mano derecha.

—Tú has hecho el trabajo por mí, Sally. Esta noche partiré hacia California después de haber dejado dos muertos en mi camino.

—¡Colman! ¡No…! ¡No, Colman, no…!

Su grito de agonía se mezcló con los estampidos del «Colt». Alcanzada en la cabeza y en el cuello, Sally Wolder, la que todos tenían por la más rica heredera de Abilene, cayó muerta a los pies del viejo Loman.

Éste se incorporó. Sabía que iba a morir también. Sabía que le estaban apuntando desde el umbral de su propio dormitorio y que la próxima bala sería para él. En efecto, Colman le apuntaba ya a la cabeza.

En ese momento, la puerta exterior de la casa se abrió de repente, como impulsada por un huracán. La negra figura del pistolero Ted Barris se recortó en el umbral Sus ojos brillaban como los de un gato. Sus cabellos rubios flotaban al viento.

—¡Quieto, Colman! —rugió.

—¡Barris! ¡Maldito!

—Sospeché de ti cuando mataste con tanta facilidad al pistolero que iba a asesinar a Marian, y desde entonces no te quité ojo de encima. Llevabas unos vendajes muy delgados y veías a través de ellos… Ibas a entrar para hablarle cuando viste al pistolero y lo mataste por instinto sin pensar… ¡Quieto, Colman! ¡No me obligues a hacer fuego!

Colman tenía ya el revólver en la mano. Estaba seguro de ser el más rápido. Se tensaron todos sus músculos.

Barris pensó: «¡Ahora!». Ya estaba allí la frontera de la vida y de la muerte, el momento que tantas veces había vivido y en el cual morir o matar dependía sólo de una décima de segundo. Sus músculos se tensaron, sus dientes rechinaron siniestramente. Movió la cadera y disparó a través de la funda cuando Colman apretaba el gatillo.

Sólo una bala llegó a su destino. Colman abrió mucho los ojos —aquellos ojos que él aseguró no volverían a ver— y crispó sus dedos en una mueca patética. El revólver cayó al suelo y produjo el ruido de una losa de plomo al caer sobre una tumba. Un horrible botón rojo se formó en la frente del pistolero, mientras Barris soltaba también su arma.

No disparó más. Sabía que era suficiente. Cuando Colman hubo caído al suelo, muerto, Barris entró lentamente en la casa, con los hombros hundidos y la triste expresión del que nada espera de la vida. Se arrodilló junto a Sally, le cerró los ojos y luego cerró los ojos a Colman. El *sheriff* estaba en la puerta. Lo había visto todo. Preguntó con voz trémula cuando Barris pasó junto a él:

—¿Adónde vas, muchacho? ¿No te quedas en la ciudad? Él le miró un momento, sólo un momento. En sus ojos latía la pena.

—Es la primera vez que me invita a que me quede, Kruger.

—Puede que lo haya pensado mejor, muchacho.

—Lo siento, Kruger, no me voy a quedar. Usted terminaría ahorcándome algún día, y lo triste es que a lo mejor obraba bien.

Hizo un saludo y se alejó caminando lentamente por el porche. Sus botas resonaron quedamente sobre las tablas.

El *sheriff* susurró:

—¿Adónde vas, Barris? Dime al menos eso…

—Voy a ver actuar a una muchacha llamada Marian —dijo—. Hoy trabaja en un saloon por última vez. Pienso contratarla yo, *sheriff*.

Y se alejó más rápidamente, envuelto en el polvillo dorado de las calles de Abilene.

FIN